

# IGNACIO BARANDIARÁN MAESTU: UNA EXPERIENCIA DIDÁCTICA E INVESTIGADORA DE LA PREHISTORIA<sup>1</sup>

Ignacio Barandiarán ha cimentado —aunque lo correcto sería decir «sigue cimentando»— un currículum largo y coherente que, por su alta calidad, se presenta y explica por sí mismo, y también por el reconocimiento que ha logrado entre buena parte de la Prehistoria nacional e internacional. Abarca una vertiente investigadora muy intensa —de campo, de laboratorio y de síntesis— sin desatender otros aspectos como el docente, entendido éste como herramienta de transmisión sencilla y útil, pero a la vez rigurosa, de los conocimientos alcanzados tanto por él como por otros investigadores. No podemos olvidar, tampoco, su impulso y dirección para proyectos personales —que han desembocado en Tesis de doctorado— y grupales —como trabajos de investigación coordinados— o su implicación en sociedades, revistas y organismos varios competentes en Prehistoria.

Ordenar un trabajo de tal magnitud —donde, sirva de ejemplo, contamos 25 intervenciones de campo, la mayoría de ellas plurianuales, o dos centenares largos de contribuciones escritas— es tarea compleja, que sirve muy directamente para la reflexión del propio devenir de nuestra ciencia desde 1963, fecha de su primer trabajo editado, hasta la actualidad. Cuarenta y cinco años en los cuales se hace patente la evolución seguida en la búsqueda y adquisición de los datos, su explotación y presentación, la imbricación de la disciplina en la función administrativa (Comisiones y Juntas de excavaciones —u organismos análogos tales como Fundaciones y Patronatos—, organización de los estudios universitarios...), las diferentes perspectivas de los programas de investigación, la convergencia con las ciencias afines, la creación de grupos de trabajo, el papel social...

Conviene entonces, creemos, presentar los méritos objetivos de I. Barandiarán con ciertas consideraciones que permitan enmarcar y comprender su trayectoria y que señalen, además, aquellos aspectos en los que nos parece que su trabajo ha sido más determinante en la dinámica de adquisición del conocimiento y en la reflexión del hecho prehistórico. No nos mueve el impulso, en ningún caso, de vanagloriar a una persona o una carrera, ni el de airear unos lazos personales que preferimos reservarnos, pero sí, en cambio, el de fijar honradamente lo que de provecho, o de maestría —si a él no le molesta el término— aporta una vida tan densa e intelectualmente fructífera.

## I. SU FORMACIÓN Y LA DOCENCIA UNIVERSITARIA

Su formación tuvo lugar en la Universidad de Zaragoza. Pueden fijarse tres hitos básicos en esta primera etapa: a) cumplimentación de los cursos reglados entre 1957 y 1961, b) lectura de la Memoria de Licenciatura en 1964 y c) defensa de su Tesis doctoral en 1967. Recordemos que la redacción de estos dos primeros trabajos, intercalados con otras aportaciones, anuncian ya el arranque de las

<sup>1</sup> Este texto ha sido redactado por A. Alday y A. Cava y sometido a juicio de J. Fernández Eraso, M. García Díez, L. Zapata, A. Arrizabalaga, A. Tarrío y M. Aguirre quie-

nes han aportado ideas y correcciones de diversa índole (Grupo de Investigación Consolidado y de Alto Rendimiento: 9/UPV00155.130-14570/2002).

que serán futuras líneas de investigación que le ocuparán buena parte de su carrera científica: sobre unas materias, la industria ósea y el arte; sobre unos periodos, el Paleolítico superior y el Mesolítico; y sobre una región, el Pirineo occidental.

Reconoce durante ese periodo formativo dos maestros, aunque de consideración personal, científica y de repercusión de muy diferente índole:

- Antonio Beltrán, al que le debe, por un lado, la llave para su inicio docente en la carrera universitaria —con los múltiples avatares y cambios de destino (unos naturales, otros inducidos) que eran propios de la legislación anterior a la implantación de la LRU— y quien ejerció la dirección administrativa de la Memoria de Licenciatura y de la Tesis Doctoral; por otro, su formación como arqueólogo de campo «todo-terreno» en cualquier medio estructural o segmento cronológico.
- José Miguel de Barandiarán (figura 1), quien merece un tratamiento especial debido al grado de admiración, respeto y cariño que siempre sintió —y siente— hacia su persona y por la calidad del magisterio que de él recibió, no sólo en el ámbito de la Prehistoria, sino también en el enfoque ético de su vida y de su modo de trabajar —su bondad innata—, principios que I. Barandiarán siempre ha tratado de seguir. Como reflejo de este parecer, y querencia, son muy elocuentes las palabras que dedicó a tan insigne persona en sendas necrológicas publicadas en las revistas *Veleia* y en *Trabajos de Arqueología Navarra*: «Rasgos muy pronunciados de la personalidad de J.M.de Barandiarán —la sobriedad de sus juicios, su curiosidad insaciable, su tesón en el trabajo— caracterizan ... su densísima aportación intelectual». «Los que le hemos conocido y tratado con asiduidad le recordaremos como modelo



FIGURA 1. *En Ataun con José Miguel de Barandiarán, septiembre de 1975.*

de una vida intensamente dedicada al conocimiento, paciente en el trato y tolerante con todos. Además, cuantos nos dedicamos a la Arqueología o a la Etnografía le debemos un impresionante caudal de datos imprescindibles para comprender la situación cultural de quienes en el pasado tradicional inmediato o prehistórico fueron nuestros antepasados. Descanse en paz este hombre bueno y sabio: un maestro en el sentido cabal de la palabra». Esta admiración científica y humana, verdadero magisterio sin ataduras administrativas, toma cuerpo desde la participación en las excavaciones de Aitzbitarte IV, Lezetxiki (figura 2) y Aitzetako Txabala que, dirigidas por D. José Miguel de Barandiarán, supusieron la iniciación en el trabajo de campo de Ignacio Barandiarán.

Académicamente ha desarrollado su actividad en cuatro universidades —lo que requirió superar con éxito muy diversas evaluaciones de sus méritos—: las de Zaragoza (hasta 1976), La Laguna (entre 1976 y 1978), Cantabria (entre 1978 y 1980) y del País Vasco (desde 1980 hasta la actualidad). En cada una de ellas ha venido dejando huellas directas entre los que tuvieron —tuvimos— la fortuna de ser sus alumnos y compañeros de trabajo. Además, y este aspecto no carece de importancia, en las dos últimas su incorporación reforzaba, o sentaba las bases, de la organización y docencia de las respectivas Áreas de Prehistoria dentro de unos Departamentos que se estaban, entonces, creando. Obviamente, donde la huella es más profunda es en el Área de Prehistoria de la Universidad del País Vasco: prácticamente tres décadas de vinculación en las que ha buscado, a menudo obsesivamente y sin rehuir la pelea cuando ha sido necesario, la consolidación de unos espacios, de unas infraestructuras y de un equipo humano. Quien conoce a fondo la realidad de dicha Área retiene enseguida los méritos alcanzados y, así mismo, su preocupación por mantener —y mejorar— las condiciones actuales.

Un recuento de las asignaturas que ha debido impartir (esto es, pensar y organizar según niveles educativos) sobre materias de la Historia Antigua, la Epigrafía, la Numismática, la Arqueología y la Prehistoria es otro exponente de su vasto conocimiento en dichas disciplinas (aunque otros temas no tan académicos, sobre literatura, música barroca, dibujo y pintura, trabajos manuales o micología, vienen, también, siendo objeto de su curiosidad y experimento).

En su entronque con la universidad queremos destacar su particular, o si se prefiere, heterodoxa percepción de lo académico que, sin renunciar a la seriedad más absoluta, ha estado siempre alejada de los rígidos corsés que parece que ha impuesto la Institución Universitaria (más, si cabe, en aquellas difíciles décadas transicionales de los 70 y 80 que en los últimos años en los que los comportamientos autocráticos están bastante aislados). Ello se ha traducido en la originalidad de sus clases, tanto en la competencia de los contenidos, como en la amenidad y sugerencia de su exposición. Distinguiendo, claro está, el enfoque requerido por cada asignatura, y/o grupo, ha buscado siempre un equilibrio entre la densidad de la materia a impartir y la capacidad real de transmisión de los conceptos (según la imbricación del encargo docente en el plan de estudio, o su fijación a unos horarios y circunstancias particulares): su máxima, que explícitamente ha manifestado en ocasiones, ha sido la de enseñar sin aburrir —y de no confundir, podría añadirse—. Una anécdota, contada por un ex-alumno, recrea esta capacidad expositiva tan suya en rigurosidad y amenidad. Tocaba clase práctica: visualización de una serie de diapositivas sobre arte prehistórico. El profesor acude al aula con proyector, mesa de proyección, carros de diapositivas y alargadera. Con manos tan ocupadas las diapositivas acaban desparramadas por el suelo al poco de rebasar las puertas. En esta azarosa situación, al parecer algo descompuesto, recoloca las diapositivas sin el orden previsto. Cuenta el alumno que pocas veces observó tanta coherencia en una sesión docente: cada comentario de una diapositiva enlazaba directamente con la anterior, en un discurso sin fisuras. La pequeña anécdota demuestra así una capacidad pedagógica fuera de lo común.

Aunque lógicamente sin el tono personal, ameno o ácido que ha venido destilando en sus clases cuando la ocasión lo merecía, un reflejo de su autoridad didáctica queda bien demostrada en la pu-

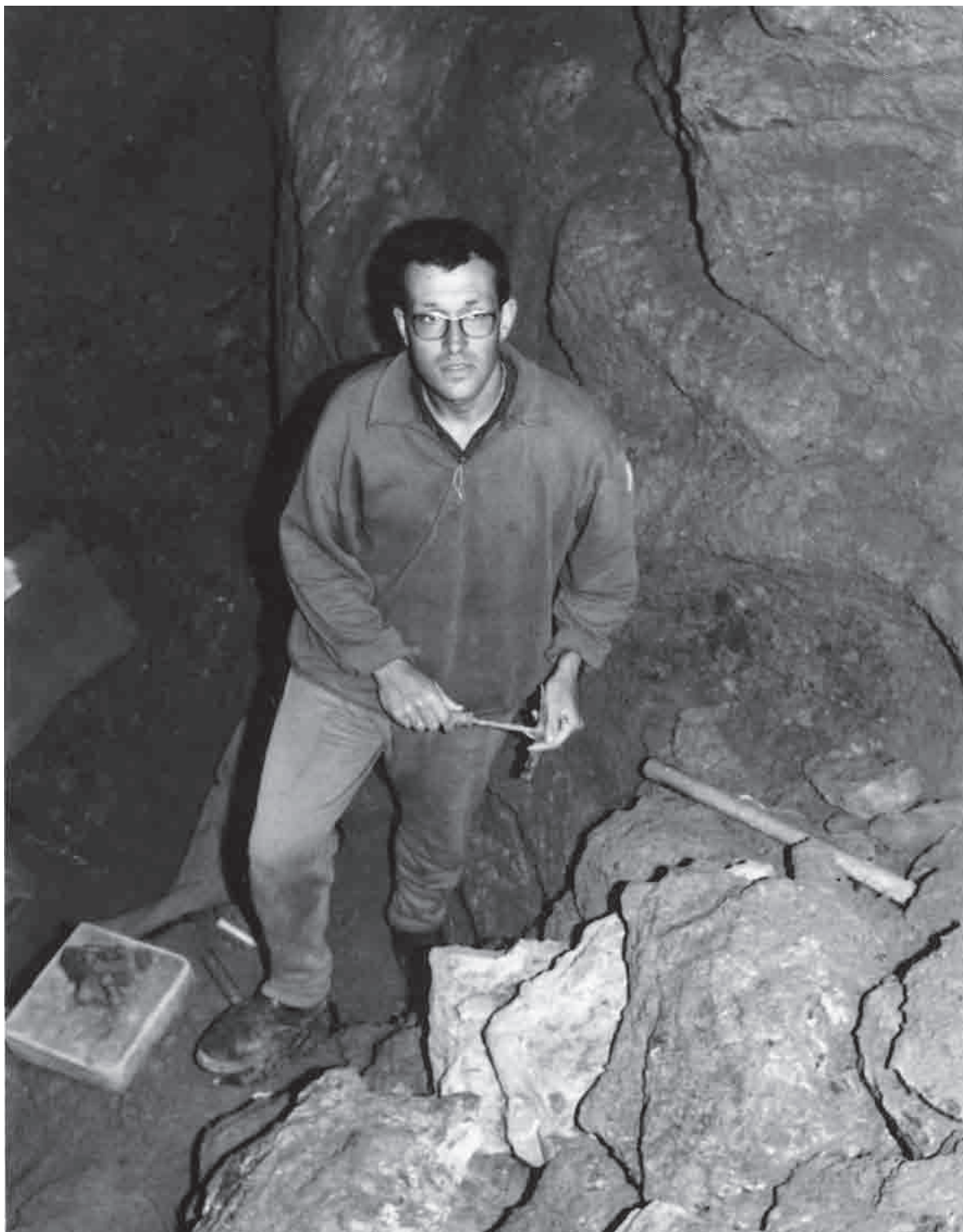


FIGURA 2. *En Lezetxiki (Mondragón), campaña de 1963.*

blicación de algunos textos de divulgación y, sobre todo, de manuales universitarios: el de *Prehistoria de la Península Ibérica* (I. Barandiarán, B. Martí, J.L. Maya y M.A. del Rincón) de editorial Ariel es de referencia inexcusable para los alumnos que, en la carrera de Historia, cursan las asignaturas de ese contenido en prácticamente todas las universidades españolas (está preparándose ya la sexta edición); su *Historia del Arte. I, El mundo antiguo* (J. Alcina Franch, I. Barandiarán, M. Bendala, M.A. Elvira, C. García-Ormaechea, J. Jiménez, R. Olmos y J. Padró) de Alianza Editorial es útil herramienta para la iniciación de los estudiantes de la Historia del Arte.

Consecuencia directa de este magisterio ha sido la constante petición por parte de quienes éramos sus alumnos de temas de investigación, y de su consecuente dirección. El apoyo que él ofrecía no se limitaba a la mera presentación de un organigrama básico y administración de un título de Memoria de Licenciatura o de Tesis Doctoral. Por el contrario, incluía una rápida puesta al día de la situación para con el tema, una orientación bibliográfica y una anticipación de los retos y dificultades que deberían superarse; y, cuando los tiempos así lo han requerido y permitido, mostraba su apoyo y credenciales para la obtención de becas de respaldo. Así mismo, ha sido norma en estos últimos años que, en bastantes ocasiones, la relación con los nuevos doctores se haya prolongado más allá, avalando (dirigiendo) diversos estudios postdoctorales en el extranjero y apoyando su reincorporación como investigadores en la Universidad. Resulta, así, ser muy largo el listado de quienes le debemos nuestra directa relación con la Prehistoria y la Historia Antigua. Cuando, efectivamente, acometía la dirección de los trabajos, su principio siempre fue la de otorgar la máxima libertad de actuación a sus doctorandos, contrastando esta actitud frente a otras situaciones demasiado dirigistas que todavía se conocen en algunos corros universitarios. Es, en este sentido, muy sintomático que la derivada publicación de esas tesis han sido responsabilidad exclusiva de sus redactores, y nunca ha sucumbido a la tentación de subrogarse (o apropiarse) de aquellos méritos a los que él contribuyó. Los frutos de esta faceta de su actividad quedan bien claros en una somera estadística en la que, además, se demuestra la trascendencia de su influencia: los autores de las veintisiete Tesis dirigidas por I. Barandiarán ocupan en la actualidad puestos de responsabilidad en universidades y centros de investigación relacionados directamente con la Prehistoria/Arqueología o, excepcionalmente, la Historia Antigua. Siete son Catedráticos y once Profesores Titulares de diferentes universidades (Zaragoza, La Laguna, Cantabria, Santiago de Compostela, País Vasco, Lieja); cuatro ejercen, con mayor o menor perspectiva laboral, la investigación en centros públicos o privados (CSIC, Universidad del País Vasco, Sociedad de Ciencias Aranzadi); otros tres dirigen diferentes museos arqueológicos o históricos (Álava, Histórico Vasco de Bilbao, Cartagena) y, finalmente, uno disfruta de un contrato vinculado a la administración pública (Cantabria). Todavía quedan algunas tesis por concluir, algunas realmente esperadas por su originalidad y la previsible calidad de los resultados: la dificultad actual para acceder a puestos de trabajo especializados en nuestra carrera es la responsable de la dilación en su culminación.

## 2. LA INVESTIGACIÓN EN PREHISTORIA

La investigación, como mecanismo de adopción, razonamiento y divulgación del conocimiento, ha sido siempre la motivación principal de su carrera: de hecho, la mentada calidad de la docencia se apoya y alimenta en este trabajo introspectivo, tan original en muchos de los casos, que, en su vertiente académica, ofrecía síntesis constructivas a la vez que mantenía a los alumnos al día de los avances empíricos o metodológicos. Su ingente labor investigadora puede abordarse desde muy distintas, y complementarias, perspectivas: la arqueología de campo, la presentación de los resultados

de esa actividad —las llamadas «memorias»— y los trabajos de síntesis. Vamos a analizar cada una de esas parcelas, recordando que en todas ellas hay mucho de esfuerzo, dedicación y genio, pero también de satisfacción personal.

### 2.1. *La Arqueología de campo*

Frente a la especialización exigida hoy en día —que no deja de ser, a veces, agobiante— sorprende gratamente su acción sobre yacimientos de cronología muy variada, desde el Paleolítico inferior —la recuperación de una defensa de proboscideo de Garrapinillos en Zaragoza— hasta la Edad Media —la Cueva de La Foradada en Huesca, el Castillo de Aitzorrotz o la Iglesia de San Andrés de Astigarribia en Guipúzcoa—, pasando por la época romana —de la que es obra sobresaliente la culminada en la Ermita de Santa Elena de Irún, también en Guipúzcoa— en todos los casos con solvencia difícil de superar, incluso muchos años después (figura 3).

Gracias al magisterio recibido directamente de José Miguel de Barandiarán supo poner a punto una metodología que se ha ido depurando y completando con el paso de los años, hasta su última intervención en el campo —por ahora— en 1999. Consciente de que la excavación arqueológica es sólo uno de los primeros pasos de un proyecto de investigación, a partir del cual se adquiere un compromiso ineludible con la sociedad para dar a conocer los resultados —más allá de una amalgama afortunada de datos— prefiere, de momento, no ampliar los frentes abiertos. Queremos hacer notar en primera instancia que algunos de los protocolos que hoy nos parecen inexcusables en el trabajo de campo no dejaban de ser novedosos cuando I. Barandiarán los introdujo y los aplicó en sus intervenciones: el cuidado en la retirada de las tierras, su criba —en seco o, si se daban las circunstancias, con agua—, la parcelación del área de excavación en cuadros y sectores, la redacción detallada de un diario —que al acabar la campaña sorprendía por su grosor y detallismo, luego trasladado a la obra final—, el lavado, inventariado y siglado de los materiales al mismo ritmo que el seguido en la exhumación de las capas estratigráficas —lo que sin duda minimiza los errores de gestión documental—, el registro estratigráfico mediante cuidados cortes y planimetrías. Entiende que el apoyo técnico, bien medido, es un efectivo aliado en las labores de campo: así, por ejemplo, se preocupó de contar con elementos ópticos de topografía o de fotografía en una época en la cual el mercado ofrecía escasas posibilidades (figura 4).

Los que hemos tenido la fortuna de asistir a sus excavaciones podemos dar fe de su modo de actuar, de su rigor, de su meticulosidad. En el aspecto didáctico los yacimientos se convertían en escuelas de aprendizaje; en el humano, le hemos conocido como el más trabajador del equipo —el primero en incorporarse a la tarea y el último en retirarse—, como el «director» real y efectivo que era, pero cercano. Habría numerosas anécdotas con las que ilustrar, y hasta divertir, este apartado pero preferimos destacar sólo pequeños detalles que, curiosamente, se fijan durante más tiempo en la memoria: los turnos de ducha —iguales para todos, jefe o no—, las obligadas comidas de campo de «sofisticados» menús, los baños en el río, las apuestas sobre el vencedor del «Tour», la celebración del vitoriano día de «La Blanca» con puro y champán en las estribaciones pirenaicas. Todos iguales en las condiciones de trabajo, de alojamiento y «de bocadillo» como norma no escrita que fomenta el compañerismo: trabajo duro, sí, pero con espacio para el divertimento (figura 5). Año tras año, los miembros del equipo solían repetir, las listas de espera eran cada vez más largas, a pesar de que no se ofrecían entonces, como en la actualidad, créditos universitarios: ¿hay algo más halagador para un director de las actuaciones de campo que saber que su trabajo repercute y nutre los esfuerzos de unos jóvenes desinteresados, abiertos a un conocimiento que difícilmente pueden alcanzar por otros medios?



FIGURA 3. Arriba, durante la excavación en San Andrés de Astigarribia (Motrico), en 1970; de izquierda a derecha: T. Ibarburu, XXX, I. Barandiarán, M.I. Molinos, M.C. Alcrudo, T. Andrés, I. Negredo. Abajo, visita a Santa Elena (Irún) de M. Lecuona, J.M. de Barandiarán y J. Elósegui.



FIGURA 4. Arriba, un momento de la excavación de Eudoviges (Alacón), en 1970. Abajo, de la campaña de 1990 de Berroberria (Urdax).





FIGURA 5. *Equipo de Rascaño (Mirones) en visita a la excavación de Chufín en 1974; de izquierda a derecha: F. Bernaldo de Quirós, L.G. Straus, K. Flataker, K. Cushman, P. Utrilla, I. Barandiarán, M. Desentre, A. Cava, C. Guallart, A. Lucia, M.L. Martínez del Amo.*

Muchas han sido las generaciones que ha pasado por sus canteras de trabajo: desde 1966 hasta 1999, alumnos y profesores de las universidades de Zaragoza, Navarra, Deusto, La Laguna, Cantabria, Santiago de Compostela, Complutense de Madrid, Autónoma de Madrid, Murcia, País Vasco, Bristol, Chicago.... Huelga decir que muchos de aquellos participantes en sus excavaciones han dirigido después, o dirigen hoy, sus propios trabajos de campo ya sea al amparo de proyectos de investigación o dentro de la llamada arqueología de gestión, aplicando en sus actuaciones lo allí aprendido (figuras 6 y 7).

A pesar de la amplitud cronológica de su labor arqueológica, los campos preferentes de actuación han sido el Paleolítico medio —Los Casares (Guadalajara) y Eudoviges (Teruel)—, el Paleolítico superior —Rascaño y Juyo (Cantabria), Berroberría, Zatoya, Mugardua y Portugain (Navarra), Isturitz (Baja Navarra)— y el Mesolítico e inicios del Neolítico —Aizpea (Navarra), Botiquería dels Moros y Costalena (Bajo Aragón)—. Sin ser, aparentemente, yacimientos de primerísima categoría —con hallazgos espectaculares o de una repercusión mediática impactante— han supuesto en muchos casos el inicio de nuevas líneas de trabajo que después seguirán otros investigadores, convirtiéndose en verdaderos referentes para una época o un territorio. Cada uno, en el contexto general de la disciplina prehistórica y en las circunstancias particulares del periodo o espacio implicados, resulta modélico, no sólo por las técnicas de excavación aplicadas, sino también por la presentación ajustada e interpretación cabal de los datos obtenidos. Cada depósito se convierte así en un elemento más de la reconstrucción del hecho (pre) histórico, siendo considerado por él como un medio para la consecución de conocimientos, más que como un fin en sí mismo.



FIGURA 6. Arriba, equipo de Costalena (Maella) en 1975; de izquierda a derecha: A. Machín (Aula Dei, CSIC, Zaragoza), A. Cava, I. Mainer, M.J. de Val, M.L. Navarro, C. Pérez Arrondo, J. Garrido, C. Lucia, C. Martín Trenor, R. Micolau, A. Alabau. Abajo: equipo de Zatoya (Abaurrea Alta) en 1976; de izquierda a derecha, de pie: M. Idoy, B. Galván, A. Cava, I. Mainer, M.A. Granados, C. Lucia, I. Pérez, M.V. Escribano, J.J. Enríquez, J. Fernández Eraso, I. Barandiarán; sentados: C. González Sáinz, M.J. de Val, P. Arnal.



FIGURA 7. Arriba, equipo de Mugarduia Sur (Urbasa) en 1987; de izquierda a derecha, de pie: M. Aguirre, B. Martínez, A. Arrizabalaga, C. Elorriaga, J. Latorre, F. Garrachón, J.C. Hernández, M.J. Iriarte, I. Barandiarán, A. Cava; sentados: R. Ruiz, L. Gutiérrez, H. Martín, L. Juez, M.A. Mesanza, P. Pérez, A. Ibarra. Abajo, equipo de Berroberria (Urdax) en 1988; de izquierda a derecha, arriba: A. Ormazábal, A. Ibarra, A. Alday, B. Pastor, H. Martín, M.J. Rodríguez, B. López, F. Garrachón, P. Sansinena, en medio: D. Althy, I. Barandiarán, M. Diharasarry, L. Gutiérrez, C. Hernández, P. Pérez, M. Aguirre, abajo: A. Sáenz de Buruaga, XXX, A. Cava.

Tomando algunos de los casos antes aducidos, se puede decir que, hoy por hoy, la mejor y más completa estratigrafía del Magdaleniense del norte peninsular, de entre las publicadas en detalle, es la de la cueva de Rascaño que, un cuarto de siglo después de su edición, es reseña obligada para la reconstrucción de aquella entidad cultural. El Musteriense de interior encuentra dos trabajos pioneros en Los Casares y en Eudoviges. El altiplano de Urbasa ofrece unos afloramientos silíceos abundantes y de calidad contrastada, lo que convirtió al paraje en un foco de atracción para los pobladores prehistóricos desde el Paleolítico inferior hasta el Calcolítico. Las intervenciones de I. Barandiarán en este espacio han servido para evidenciar tanto la presencia humana continuada —de especial importancia son los asentamientos/taller del Paleolítico medio y superior— como para reconocer sus recursos líticos naturales. Así se ha originado una línea de investigación en torno a los modelos de explotación y distribución de esa materia prima por amplios sectores de la Cornisa Cantábrica, la Cuenca del Ebro o el sur de Aquitania, proyecto científico que se articula perfectamente en el estudio de la administración de los bienes silíceos durante la Prehistoria en la Cuenca Vasco-Cantábrica que viene desarrollando, desde hace bastantes años, A. Tarrío (figura 8).

No menos importantes, por su gran repercusión, son los ensayos, en solitario o en colaboración, de estructuración estratigráfica y comprensión cultural del Mesolítico y del inmediato Neolítico antiguo en la Cuenca del Ebro. La actual compartimentación del periodo, su disección en tramos menores e, incluso, la propia terminología en uso no se explicaría sin las excavaciones en Botiquería y en Costalena. Entre ambos sitios se establece una secuencia de pasajes mesolíticos y la presencia, en tierras relativamente interiores, de un Neolítico cardial similar al de las costas mediterráneas que rompía con no pocas de las hipótesis entonces establecidas (figura 9).

## 2.2. *Las memorias de excavación como reflejo de un trabajo bien hecho*

Como queda dicho, la presentación de los resultados de esa investigación de campo se ha concretado en una serie de «memorias» que, en sus momentos de elaboración y publicación, han supuesto un referente a imitar. La mera descripción de los vectores estratigráficos o tipológicos son únicamente la parte introductoria de trabajos en los que se aplican metodologías novedosas, fruto de un profundo trabajo de reflexión sobre la problemática del yacimiento, en su entorno y en su espacio cultural, y de los materiales recuperados. En esta faceta se aprecia objetivamente la evolución de su método de trabajo, la huida del estancamiento y la voluntad de superación en la presentación de la investigación. Tomando una serie de esas memorias, en el orden cronológico de su publicación, se advertirá el hecho que denunciamos: Casares, Eudoviges, Rascaño, Botiquería dels Moros, Costalena, Zatoya, Aizpea... y, las que, suponemos, vendrán a continuación. Aunque algunas parezcan más «elementales» —lógicamente las más antiguas— en todas se advierte la introducción de nuevas corrientes metodológicas: primero tipológicas y, más tarde, de orquestación interdisciplinar. El resultado final no es una mera yuxtaposición de informes, sino una reconstrucción íntegra de la circunstancia particular de los grupos prehistóricos que ocuparon esos lugares, del medio que les rodeaba y de las posibilidades de explotación del espacio con las herramientas que su formación cultural y destrezas les permitieron desarrollar. Sus memorias no se ciñen, como enseguida descubriremos, a una básica descripción de los útiles, estructuras y hechos arqueológicos detectados, pues se enriquecen con un bien pensado y articulado juego de figuras, láminas, dibujos y fotografías que complementan eficazmente la información. Al introducir el yacimiento en el marco de la dinámica cronológico-cultural que le corresponde, construye verdaderos estados de la cuestión de los periodos involucrados, en los que tiende a ofrecer alternativas explicativas sobre los fenómenos que se juzgan con, y nos parece muy importante, una ajustada valoración crítica del papel que le corresponde (en un intento de relativizar su propio trabajo y no imponerse al de los demás). Las memorias se transforman, en sus capítulos finales, en verdaderas obras de síntesis, superando un simplista papel de notario (el que anota



FIGURA 8. Arriba, equipo de las prospecciones de Urbasa (1981-1982); de pie: E. Redondo, A. Cava, A. Alday, A. Guaza, E. González, I. Barandiarán; delante, X. Larrañaga, F. Garrachón. Abajo, un momento de la excavación del taller gravetiense de Mugarduia Sur.



FIGURA 9. Arriba, proceso de excavación de Botiquería dels Moros (Mazaleón), en 1974. Abajo, abrigo de Costalena (Maella) en su situación en el valle del río Algás, en 1975.

lo que encontró) para ofrecer herramientas de avance en la comprensión de nuestro pasado. ¿No es ésta al fin y al cabo la razón que justifica el comienzo de toda actividad de campo, y a donde debe confluir?

No pretendemos ofrecer aquí una detallada disección de cada una de las memorias de excavación elaboradas por I. Barandiarán, pero sí nos parece adecuado mostrar brevemente cuál ha venido siendo el cuerpo doctrinal que las ampara y los aportes más significativos que ha ido añadiendo en cada entrega, sean metodológicos, expositivos o sintéticos. Elegimos para ello, únicamente, aquellas que tratan situaciones paleolíticas y mesolíticas.

Tomando la de la cueva de Los Casares como primer testimonio, retenemos de inmediato su obsesión por integrar otras disciplinas (o investigadores) afines —de paleontología, antropología y sedimentología en este caso— para alcanzar así discursos más ricos y coherentes: el hecho, recordémoslo, era poco habitual en 1973. Ordenó aquella aportación, esquema que luego repetirá con las variaciones debidas en otras, partiendo de una historia de las investigaciones en el sitio para, a continuación, exponer el método de trabajo seguido —capítulo que a algunos nos parece de vital importancia si queremos entender el cómo y el por qué de los resultados, y también de las carencias—, la descripción y valoración de la estratigrafía y su contenido arqueológico, deteniéndose en los estudios de cada lote instrumental —lítico, óseo y cerámico—, cerrando el texto con unas conclusiones particulares y con los capítulos de las ciencias auxiliares, cuyas derivaciones más significativas ya había integrado en su propio discurso. Desde esta primera entrega muestra un especial cuidado en las representaciones gráficas de los materiales, de los cortes estratigráficos o de las cartografías, siempre de gran calidad: repárese, por ejemplo, en su figura 27 donde visualiza la tipometría del instrumental lítico de acuerdo a los presupuestos que Bagolini había publicado poco antes y que él ya asume como herramienta de valoración industrial (figura 10).

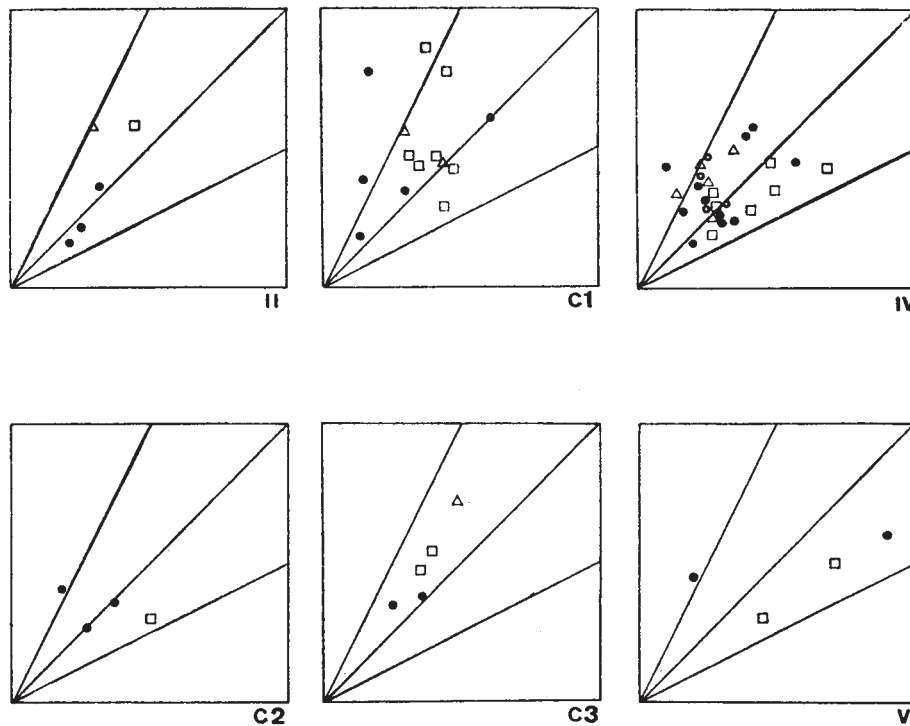


FIGURA 10. Gráficas de Bagolini referentes a la tipometría del instrumental lítico musteriense de la cueva de Los Casares (Riba de Saelices) (memoria de 1973).

El mismo diseño seguirá en la publicación del abrigo de Eudoviges de 1975, pero con algunas incorporaciones muy dignas de mencionar. En los análisis tipométricos de la industrias incluye las proposiciones (no publicadas pero que circulaban restringidamente en un «texto policopiado») de G. Laplace y desarrolla, quizá por primera vez en la historiografía peninsular, los análisis complejos de secuencias estructurales. Además, ensaya una distribución por densidades de la fauna y del equipamiento lítico (figura 11), tarea que hoy realizamos sin demasiadas dificultades con las herramientas informáticas pero que en aquel tiempo exigía una gran cantidad de tiempo, orden y paciencia (nos

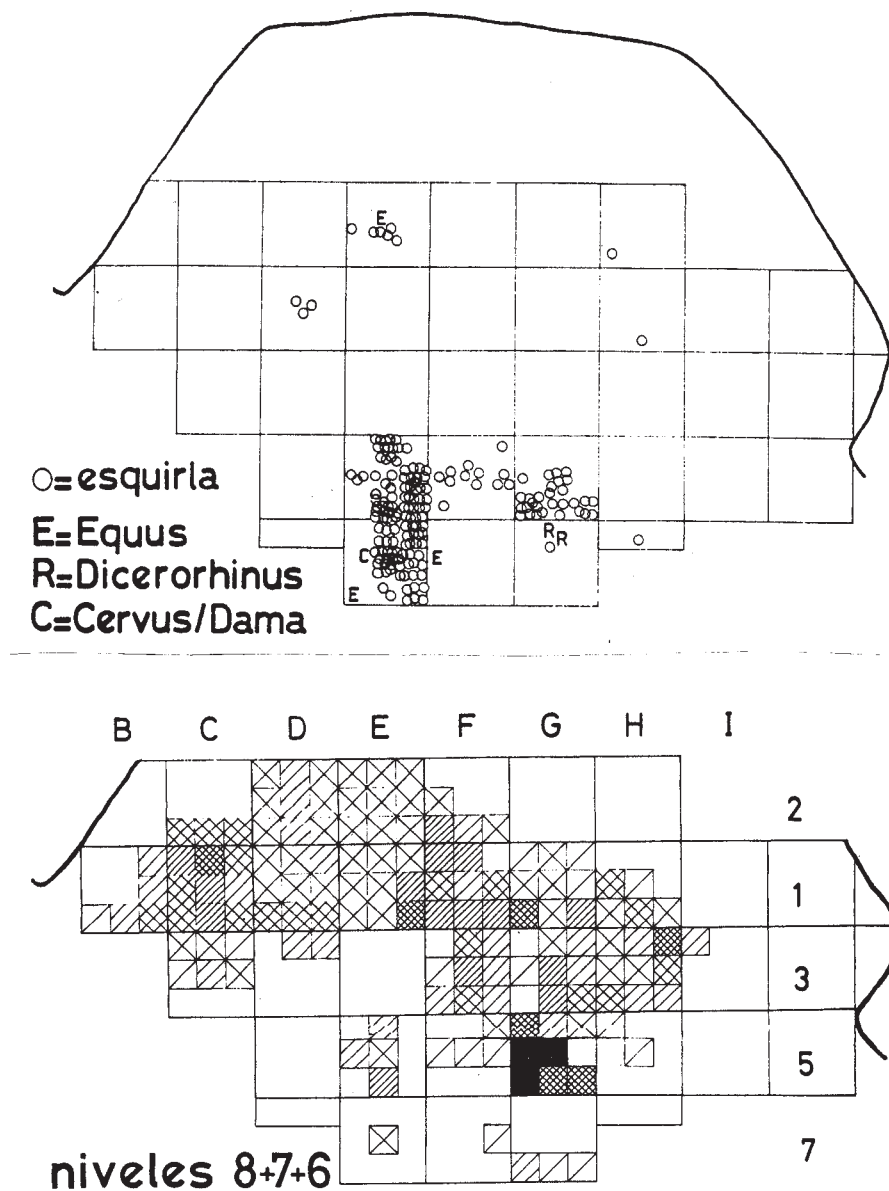


FIGURA 11. Planos de distribución de los restos óseos de los niveles 11 a 3 (arriba) y de los restos de talla de los 8, 7 y 6 (abajo) del Musteriense del abrigo de Eudoviges (Alacón) (memoria de 1975).



consta que en estas y en otras labores implicaba a los alumnos más comprometidos: su participación en la elaboración de esas técnicas y presupuestos les proporcionaba una formación adicional difícil de conseguir por medios más academicistas).

De ese mismo año es la publicación de la cueva de La Reina Mora de Somaén de la que podemos destacar, de nuevo entre otros aspectos, la calidad de sus dibujos y en particular, por la trascendencia posterior, la representación de las composiciones decorativas de los recipientes campaniformes que, a caballo entre lo artístico y lo sintético, permite, de un solo vistazo, recrear la variedad de los motivos y su seriación —su sintaxis— y el expresivo cotejo a escala de los ejemplares (figura 12). El texto adquirió en medios prehistóricos notable repercusión por el controvertido resultado de las dataciones absolutas llevadas a cabo: esta circunstancia promocionó una cordial relación —por carta y personal— con P. Bosch Gimpera que él, aún hoy, valora con verdadero orgullo. Con independencia de sus lecturas —de antes y de ahora— sorprende lo riguroso en la presentación de los valores de una técnica que por entonces se estaba introduciendo en la arqueología peninsular: referencia de laboratorio —al parecer son de las primeras fechas elaboradas en el CSIC—, material analizado, nivel de pertenencia y su topografía, edad C-14 y edad convencional; o expresándolo más directamente lo que ahora se exige como requisitos mínimos para obtener una lectura ajustada de la radiocronología. Para comprobar que, en su idea, una memoria es algo más que la presentación aséptica de los datos, basta la consulta de la contextualización cultural que sobre el depósito nos ofrece: en sí misma es una síntesis profunda del campaniforme peninsular en 1973.

La memoria del abrigo de Botiquería dels Moros, publicada en 1978, no se aparta de su línea general pero, en ese esfuerzo de incorporar nuevos métodos, incluye ahora test estadísticos aún más elaborados para la comprensión del utillaje lítico —de acuerdo al desarrollo que la tipología analítica va adquiriendo— y, así mismo, diseña unos «espectros» de posición/evolución de la industria lítica retocada que van a ser muy imitados, por su alta capacidad expresiva, por investigadores posteriores (figura 13). Lo novedoso de esta obra en su experiencia vital es, tal vez, la época y el territorio de actuación: el Mesolítico y el Neolítico en el Bajo Aragón, desarrollando un camino que, años antes, había sido trabajado a fondo por E. Vallespí —a la vez profesor y compañero— tras la estela del gran grupo de beneméritos investigadores (L. Pérez Temprado, M. Pallarés, J. Cabré, J. Tomás Maigi...) que allí actuaron en la primera mitad del siglo veinte, y que tan buenos frutos está dando en los últimos tiempos.

En 1981 presenta la memoria de la cueva de Rascaño, en estricta colaboración científica y afectiva con J. González Echegaray, y siguiendo esa misma dinámica, en 1987, la de El Juyo (en cuyo equipo se incorporó L.G. Freeman). Ambos trabajos se centran en las etapas finales del Paleolítico superior de Cantabria. En una y otra se arropa de un buen número de colaboradores, ofreciendo lecturas multidisciplinares de los hechos arqueológicos (de los referentes a las actividades humanas y sus contextos paisajísticos, faunísticos, palinológicos y otros). Constituyen referencias inexcusables en la reconstrucción de los pasajes magdalenienes, tanto por el aporte de nuevos datos como por la síntesis general que ofrece sobre el periodo. Tienen, además, una virtud añadida: la de ceder la palabra a jóvenes investigadores que, paralelamente, están elaborando sus tesis doctorales, y que, con sus intervenciones, van ofreciendo sus visiones particulares de los fenómenos que se estudian.

La cueva de Zatoya, publicada en 1989, incide en la reflexión acerca del Magdalenense (así como en etapas posteriores), centrándose en esta ocasión en la vertiente meridional del Pirineo, espacio por entonces poco o nada trabajado en sus segmentos occidental y central. Aunque serían bastantes los elementos a reseñar de su edición, nos conformamos con indicar la profun-

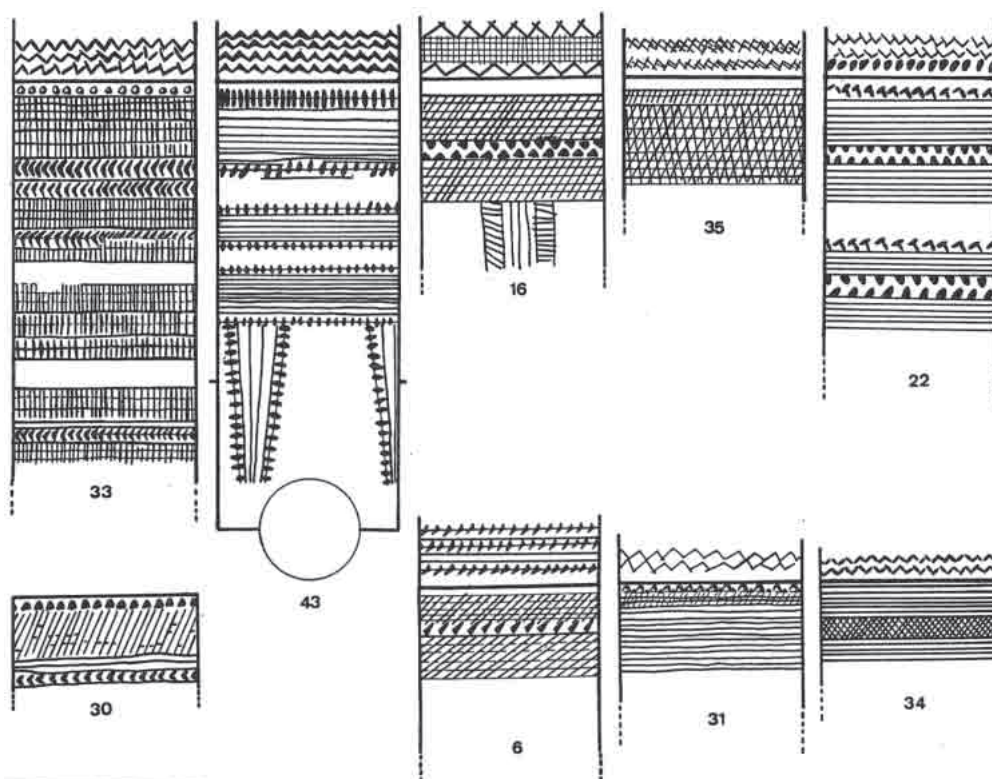


FIGURA 12. Arriba, equipo de la Reina Mora (Somaén) en 1968, de izquierda a derecha: I. Barandiarán, M. Manso, B. Izuzquiza y M.P. Casado. Abajo, sintaxis de la decoración de vasos y cuencos campaniformes de la misma cueva (memoria de 1975).

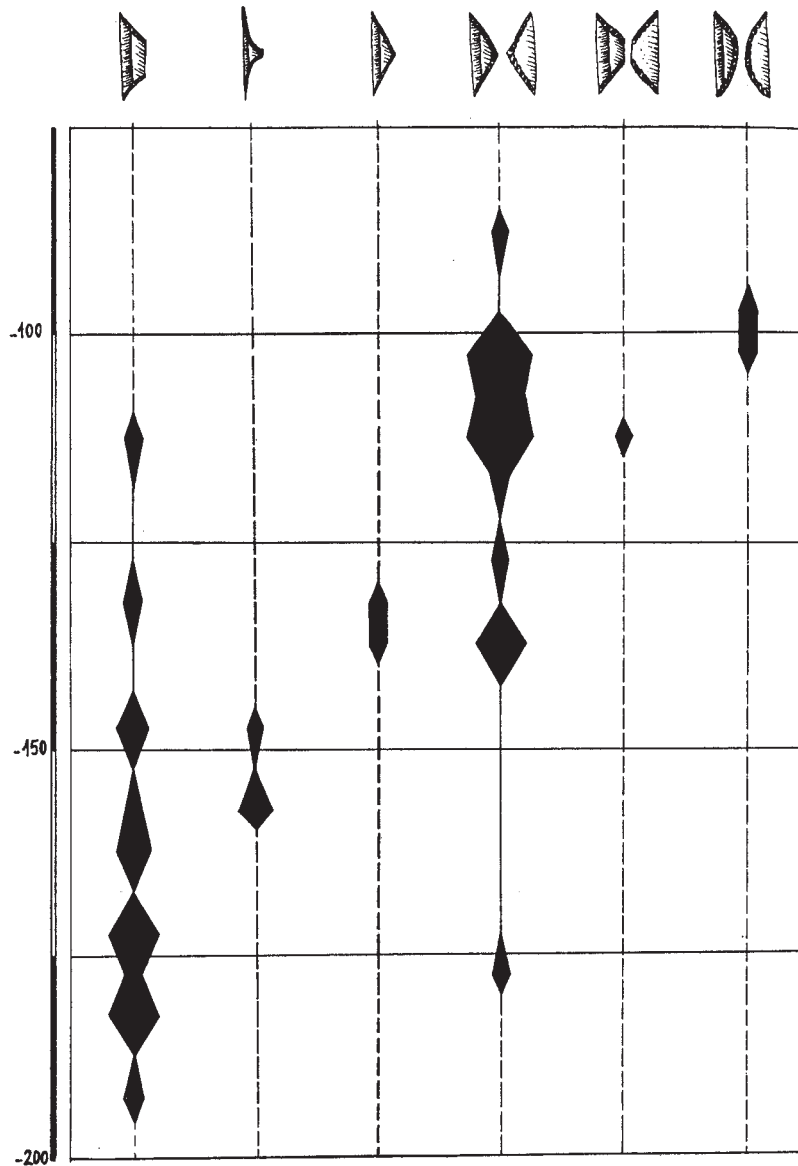


FIGURA 13. *Espectro de la evolución de la tipología de los geométricos en la estratigrafía de Botiquería dels Moros (memoria de 1978).*

dización en las técnicas matemático-estadísticas (análisis estructural, análisis factorial, cálculo de distancias...), las elucubraciones que para cada categoría industrial de la piedra retocada se construyen y la determinación de la secuencia de situaciones culturales y ambientales que se producen en el curso de su estratigrafía (figura 14). Ello empezará a ser norma habitual en siguientes obras, en cuya publicación asocia siempre a A. Cava (que se responsabiliza del estudio tipológico y cultural del utillaje lítico): como se ve en las memorias de Castalena de 1989, Encia/Úrbsa de 1990, Zatoya de 1998 o Aizpea de 2001.

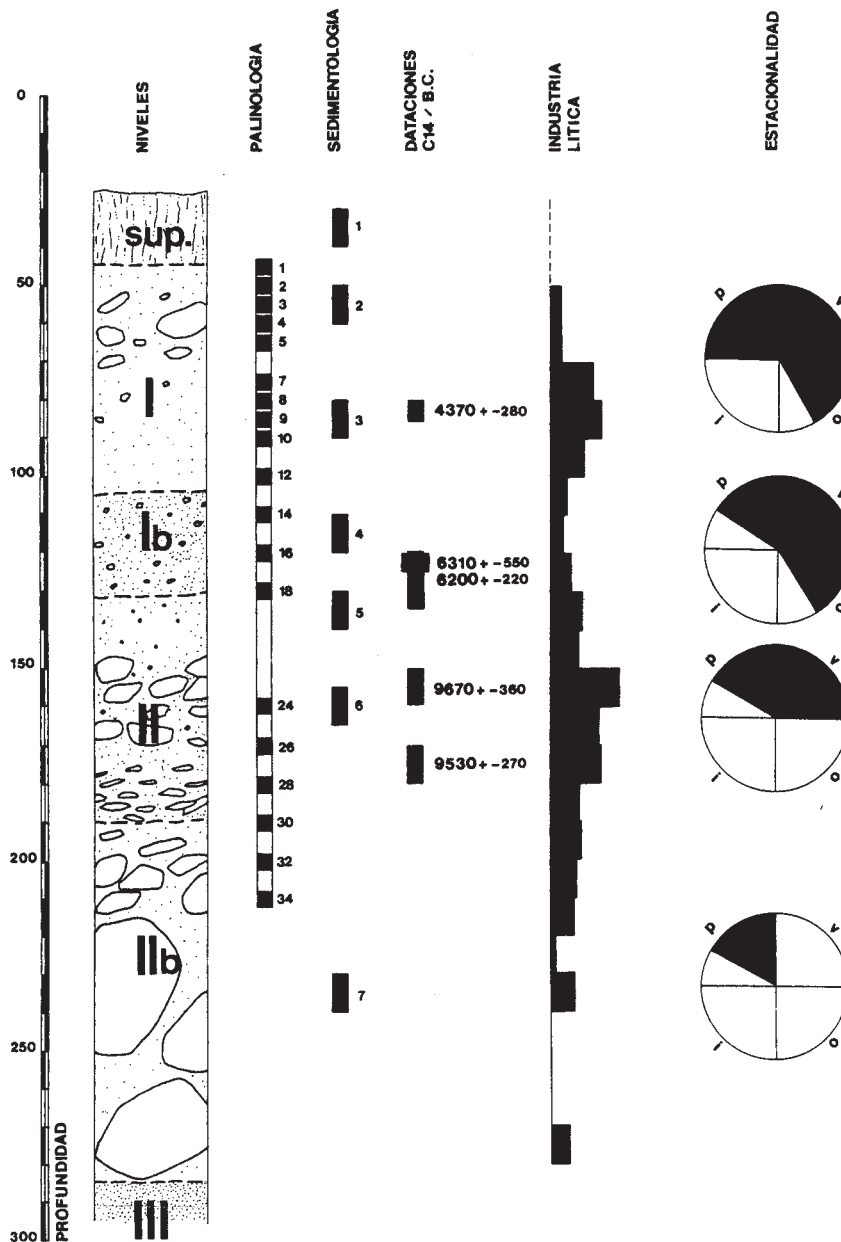


FIGURA 14. *Reconstrucción de la ocupación de Zatoya (Abaurrea Alta) con indicación de las situaciones estratigráfica, ambiental, radiocronológica y cultural (memoria de 1989).*

Este mismo año de 1989 presenta los trabajos efectuados en el abrigo de Costalena: conforma un mismo juego con la memoria de Botiquería ensayándose interestratificaciones entre ambos campamentos al presentar situaciones culturales análogas en ubicaciones próximas (figura 15). En su cotejo se observa la evolución seguida en la presentación de los trabajos de campo que, en el fondo, afectan más a lo técnico que a su base y pretensión: mantienen la misma estructura y se mejoran los

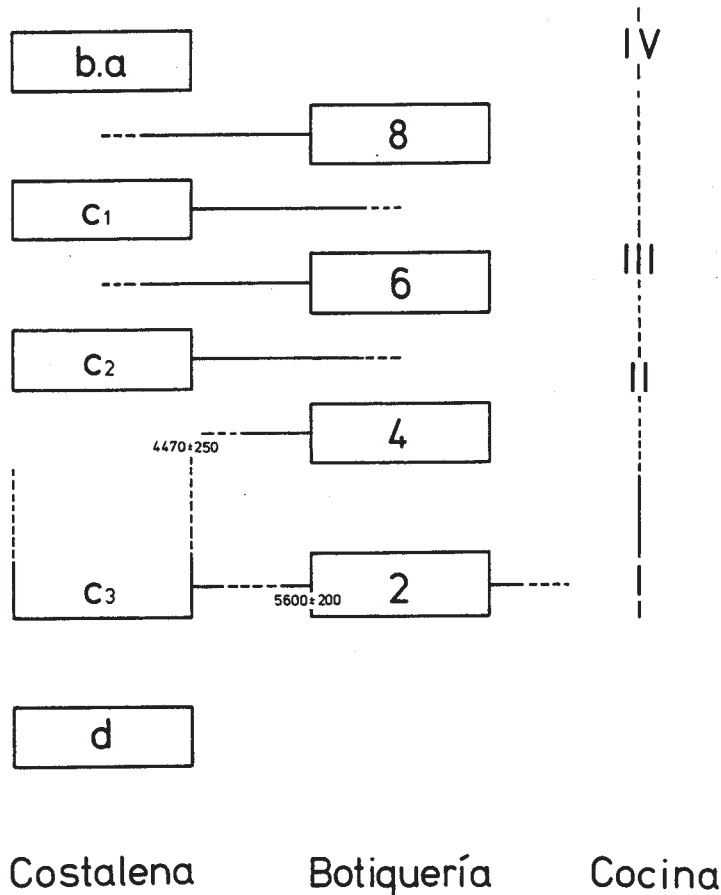


FIGURA 15. Interestratificación de los niveles de Botiquería dels Moros y Costalena en relación a la reconstrucción del «modelo» de Cocina (memoria de Costalena de 1989).

resultados a partir, por ejemplo, del uso del carbono 14 y de las técnicas estadísticas como el test de homogeneidad o los cálculos del *lien* y de distancias de los sucesivos niveles de Costalena y en su relación con yacimientos contemporáneos.

Hasta la fecha, su último aporte en este campo, de 2001, es fruto de los trabajos llevados a cabo en el abrigo de Aizpea. Se trata nuevamente de un trabajo interdisciplinar que se nutre de la investigación coordinada de diversas ramas científicas: algunas de ellas ya clásicas —la Paleontología, la Palinología o la Antropología, aunque en ésta se trabajan nuevos aspectos, como la paleodieta o las patologías—; otras novedosas —la referente al origen de las materias primas silíceas, la Antracología y la Carpología—. Y es verdaderamente interdisciplinar, y no multidisciplinar, por cuanto sus autores alcanzan una puesta en común de los aportes de cada materia sin eludir críticas razonadas cuando lo creen necesario. Hay un par de temas más que resultan novedosos respecto a otras memorias, dadas las posibilidades introspectivas que ofrece el lugar: el tratamiento sobre «otros manipulados de piedra» (quiere decirse cantos naturales utilizados) por la clasificación tipológica que se encara y las reflexiones sobre estigmas y posibles usos; la deliberación sobre los territorios de captación, sus recursos —de fauna o materias primas— y su gestión.

En esta faceta, como en otras, su magisterio va dejando huella (involuntariamente) no por imposición o vinculación jerárquica, sino como resultado del esfuerzo acumulado, el orden y pulcritud de las exposiciones, las innovaciones que introduce y la concreción de las detalladas y bien pensadas reflexiones.

### 2.3. *Las evaluaciones temáticas*

Los trabajos de síntesis han constituido evaluaciones pioneras en bastantes ocasiones sea por los temas desarrollados, la época implicada, la geografía de actuación, la metodología aplicada o las conclusiones inferidas. Hay, a lo largo de su obra, una coherencia interna en donde los hechos están en primer lugar, la crítica (y autocrítica) figura a continuación y las medidas interpretaciones (o reconstrucciones) son el objetivo último a alcanzar. Analizamos algunas de sus líneas de investigación más trabajadas, reconociendo que dejamos de lado una buena porción de su trabajo que ha producido aportaciones realmente interesantes.

#### a) De la tipología en general y de la ósea en particular

Tema de su Tesina de Licenciatura (figura 16) y de su Tesis doctoral, abrió una línea de investigación que hasta entonces apenas se había desarrollado en idioma español si no fuera para la descripción de los materiales recuperados en yacimientos concretos. Opta por aplicar un concepto analítico en la clasificación del instrumental óseo paleolítico, tomando como hilo conductor los presupuestos de la Tipología Analítica que por aquel entonces estaba gestando el excepcional científico que ha sido G. Laplace a propósito de las industrias líticas (figura 17). Efectivamente, en ese campo de la tipología, I. Barandiarán ha jugado un papel importante en la introducción y transmisión del pensamiento de aquel investigador en España. Asistió —con J.M. Merino y J.A. Fandos como únicos representantes de aquí, junto a franceses e italianos— al I Coloquio Internacional de Tipología celebrado en 1968 en Arudy y fue nombrado director de la sección de Tipología Ósea de aquel «Groupe International des Recherches Typologiques Analytiques», presentando a discusión su sistema de tipología del instrumental óseo. Además hay que reconocer que ha sido uno de los principales difusores de la Tipología laplaciana en la Península, enviando alumnos a Arudy desde los primeros años de la celebración de los Coloquios e implicándolos en las excavaciones que G. Laplace mantenía o colaboraba en yacimientos paleolíticos y mesolíticos. Organizó hasta tres cursos de iniciación a la Tipología Analítica impartidos por el propio Dr. Laplace: el primero en 1975 en Arudy, los otros dos —en 1983 y 1985— en la Universidad del País Vasco a los que asistieron interesados de varias universidades (Zaragoza, Navarra, Murcia, Barcelona, Deusto..). En ellos, junto a la explicación de los criterios y filosofía que sustentan la Tipología Analítica y de los presupuestos que rigen en la clasificación de las industrias líticas, se mostraban los procedimientos, muy elaborados, de evaluación estadística para escrutar el orden interno de una colección, la observación de su evolución en el tiempo, el establecimiento de tramos dentro de la misma y su cotejo/oposición con otros lotes. Aprovechamientos objetivos de aquellos seminarios son las varias tesis doctorales que, dirigidas por I. Barandiarán o sus colaboradores, tomaron como base estos postulados metodológicos en la recreación cultural de diversas situaciones industriales paleolíticas o posteriores.

Las contribuciones intelectuales y sintéticas que ofrece en su Tesis Doctoral, *El Paleomesolítico del Pirineo Occidental. Bases para una sistematización del instrumental óseo paleolítico*, publicada en la Universidad de Zaragoza en 1967, se centran en dos aspectos: por un lado, la revisión exhaustiva del periodo y de los yacimientos en los que está representado; por otro, la extensa y profunda síntesis de

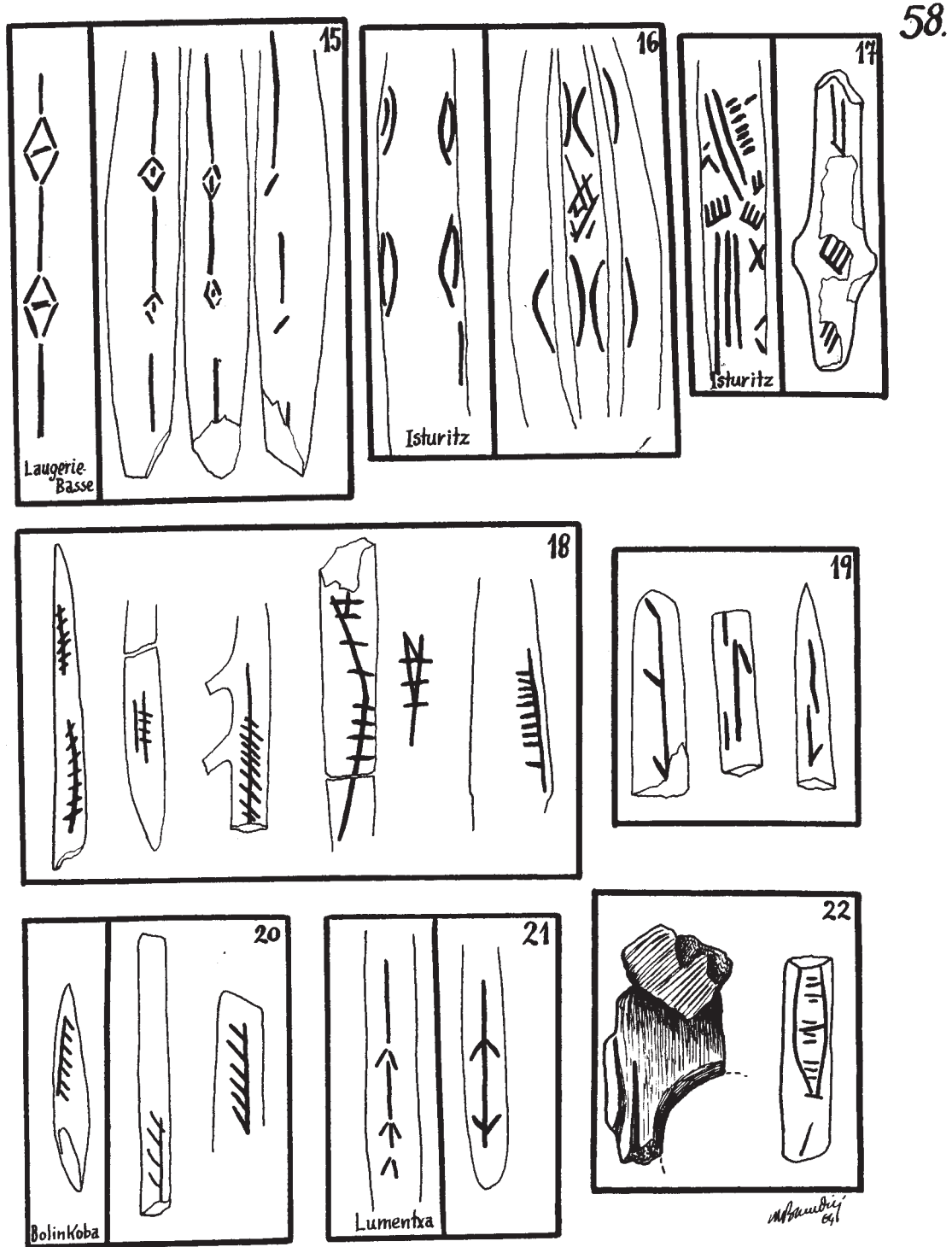


FIGURA 16. Una de las planchas originales de la Tesina de Licenciatura (Universidad de Zaragoza, 1964), con los motivos decorativos de la industria ósea.

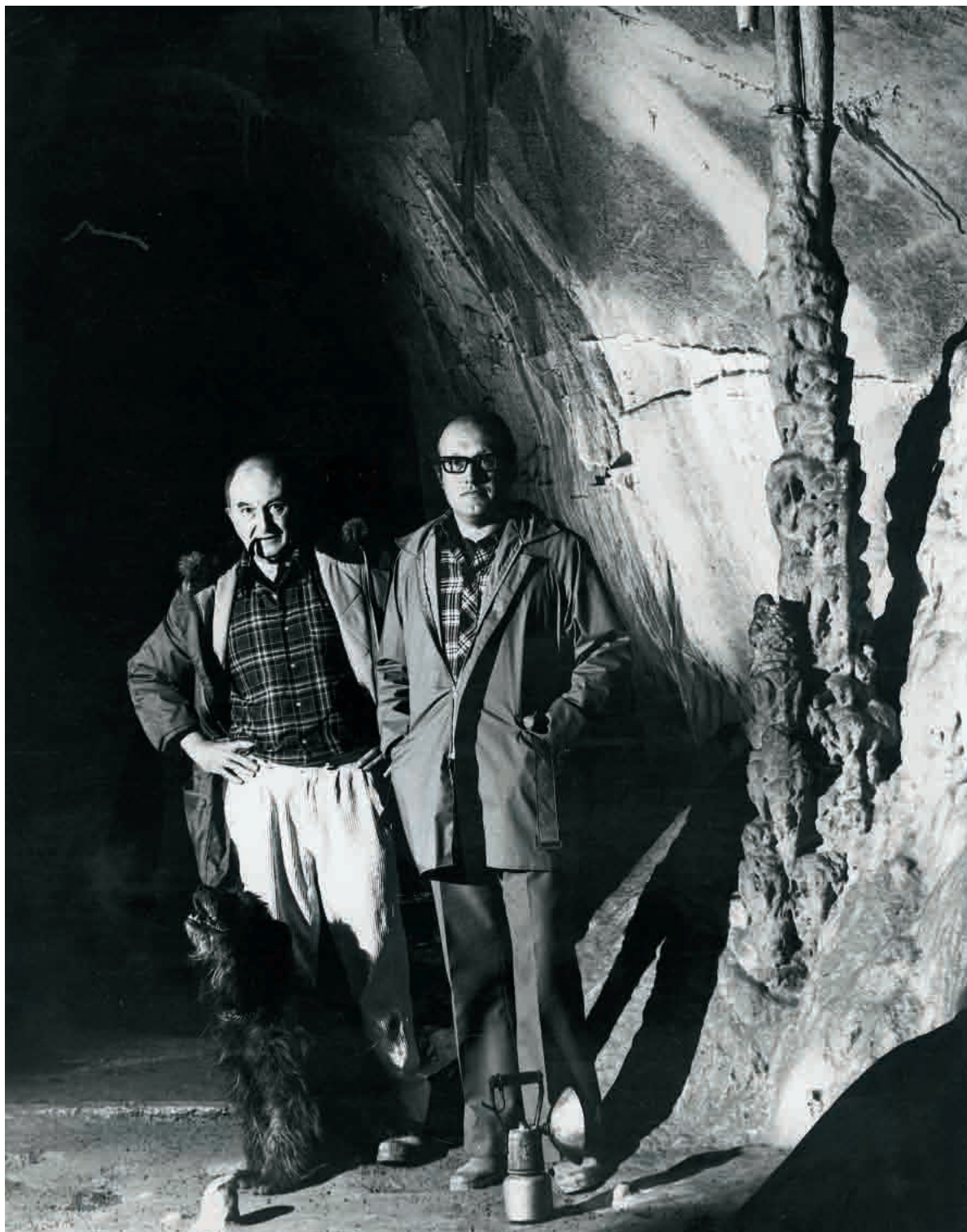


FIGURA 17. *Con G. Laplace en Isturitz (Basse Navarre), en 1975.*



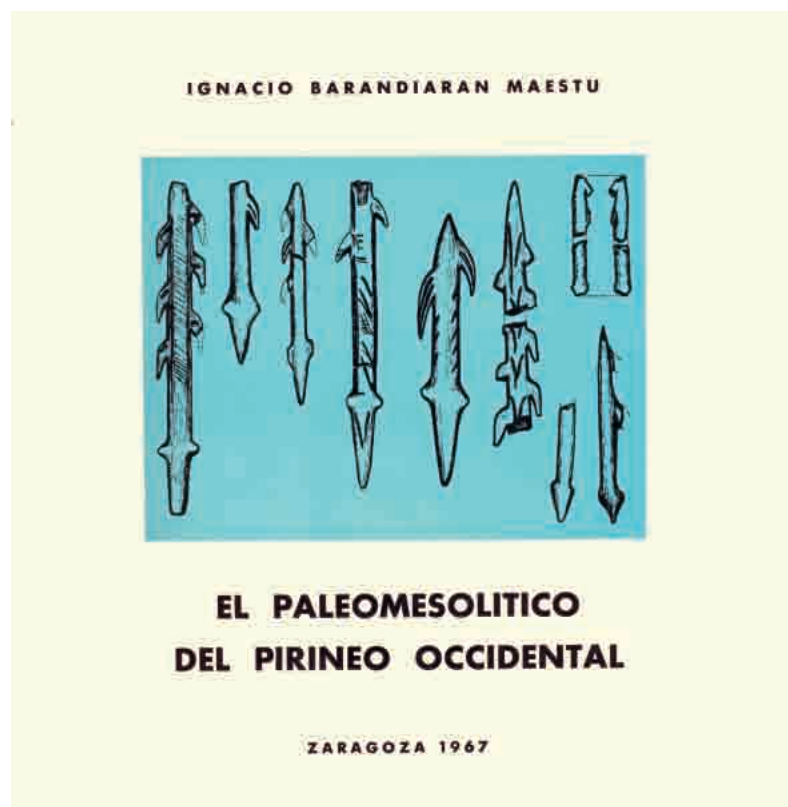


FIGURA 18. Portada de la publicación de la Tesis Doctoral (Universidad de Zaragoza, 1967).

lo conocido acerca de las industrias óseas del Paleolítico superior europeo, seguida de un ejercicio tipológico analítico. Además, esta obra, como primera Tesis de la era moderna escrita sobre Prehistoria vasca, constituye en opinión de J. Altuna (1977: «Prehistoria del País Vasco» en «*Cultura Vasca I*» de Editorial Erein de San Sebastián), el punto de arranque de una nueva etapa en la historiografía de la investigación. Ésta, articulada en fases sucesivas: de los pioneros, de consolidación (1916-1936), de años difíciles (1936-1953) y de continuidad (1953 a 1967) en torno a la figura de J.M. de Barandiarán, se introduciría en la fase de modernidad o «actual», caracterizada por la formación de nuevos equipos que se generan en torno a los discípulos directos de aquel insigne investigador, precisamente con la publicación de su trabajo (figura 18).

#### b) El arte mueble paleolítico

En este campo sobresalen varias líneas de investigación complementarias que viene desarrollado, de continuo, desde los años 70 hasta la actualidad. Comenzando por una catalogación exhaustiva y un estudio interno de soportes, técnicas, temática, relaciones con el arte parietal, estilo y evolución en el *Arte mueble del Paleolítico Cantábrico*, continuó con varias aportaciones particulares en los que articulaba, partiendo de la observación de piezas excepcionales, un modelo de estudio tecnológico del proceso de construcción de la obra de arte que continua siendo válido en la actualidad. Ha sido sensible y pionero, también, en la aplicación de la técnica de dataciones directas AMS sobre piezas

muebles —enfrentándose a las inmediatas consecuencias que sus resultados van teniendo sobre el ortodoxo organigrama de evolución cronológico/estilística— y, en estos últimos años, la reflexión global y profunda sobre el fenómeno del arte mobiliario ha producido un par de volúmenes monográficos de hondo calado y refrendo de un intenso trabajo. Su bibliografía es muy rica en esta materia, y, desde ella, innumerables las ocasiones en las que se le ha invitado a participar en reuniones, conferencias, congresos u obras de síntesis, sirviendo de soporte en la dirección y evaluación de tesis con este contenido y logrando con el tiempo un reconocimiento generalizado.

Analizando desde un plano particular esta línea de trabajo, resultó una novedad esencial para el estudio del arte mueble del Paleolítico cantábrico la publicación en 1973 del compendio —catálogo y reflexiones de conjunto— publicado en la Universidad de Zaragoza. Es la primera obra completa sobre este tema (la siguiente la publicaría en 1986 S. Corchón en el Centro de Investigación y Museo de Altamira) confeccionada a partir de minuciosos apuntes directos, y reproducción gráfica, de todos los originales guardados en diversos museos e instituciones a riesgo, y es una anécdota real, de quedarse encerrado por varios días en el interior de uno de ellos. La calidad y fidelidad de sus dibujos (figura 19) ha determinado que sigan siendo utilizados en publicaciones recientes, en proyectos museísticos e

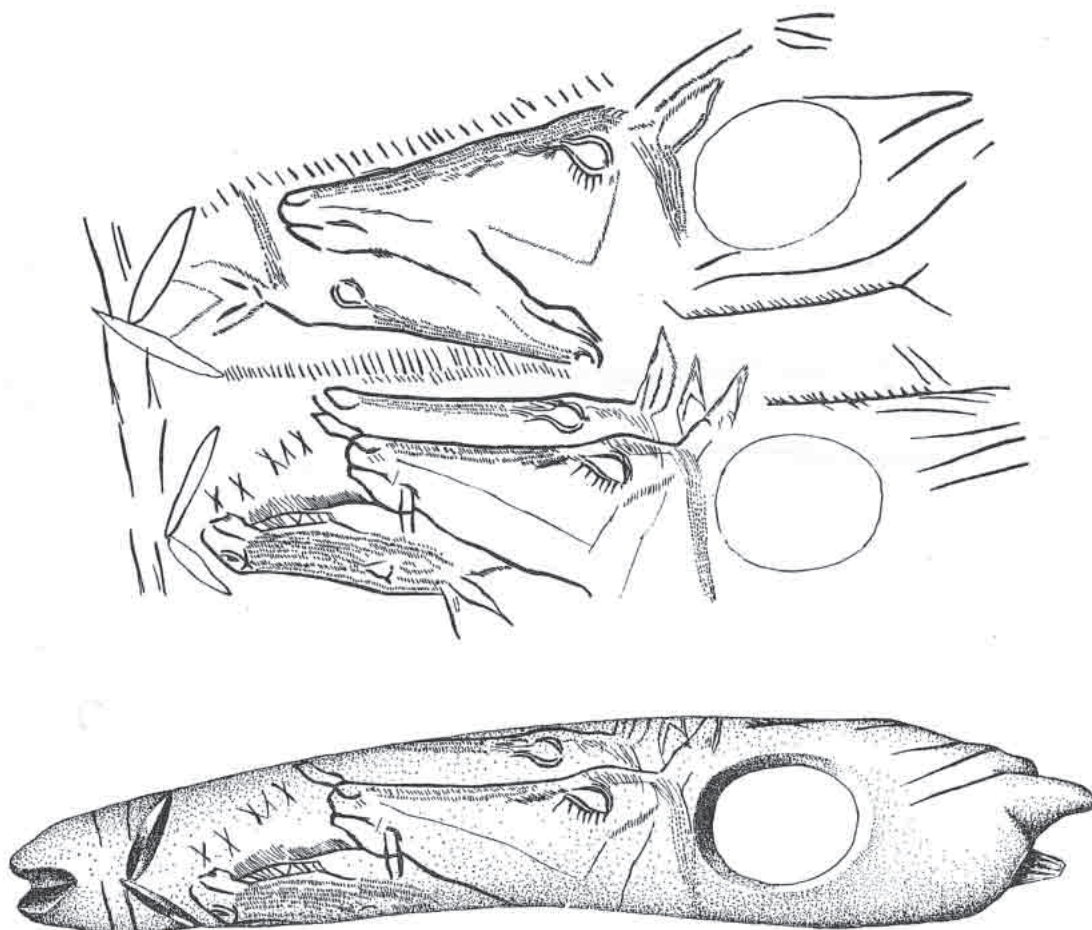


FIGURA 19. *Bastón perforado del Pendo (Escobedo-Camargo): dibujo directo y desarrollo de la decoración (Arte mueble del Paleolítico cantábrico, Universidad de Zaragoza, 1973).*

incluso en «logos» empresariales y la obra, aunque de bastantes años, sigue vigente por su claridad expositiva y la facilidad de su manejo. En 1994 publicó una actualización (en la revista *Complutum*) añadiendo las nuevas obras descubiertas en los últimos años y planteando variadas problemáticas de interpretación a partir de los nacientes protocolos metodológicos y atendiendo a propuestas ajenas.

El proceso técnico de la representación de la obra mobiliaria se ha concretado en algunos artículos pioneros de una metodología de estudio que se ha puesto de moda bastantes años después —hacia la década de los 90 y en adelante con los trabajos de C.Fritz o G.Tosello, por ejemplo— que intenta establecer el *tempo* (=la secuencia) y el *timing* (=las fases del proceso de ejecución) de las representaciones muebles. Destaca, en ese sentido, el excelente trabajo sobre el hueso grabado de la cueva de Torre, en 1971, de las revistas *Munibe* y *L'Anthropologie* (figura 20), para continuar años después con

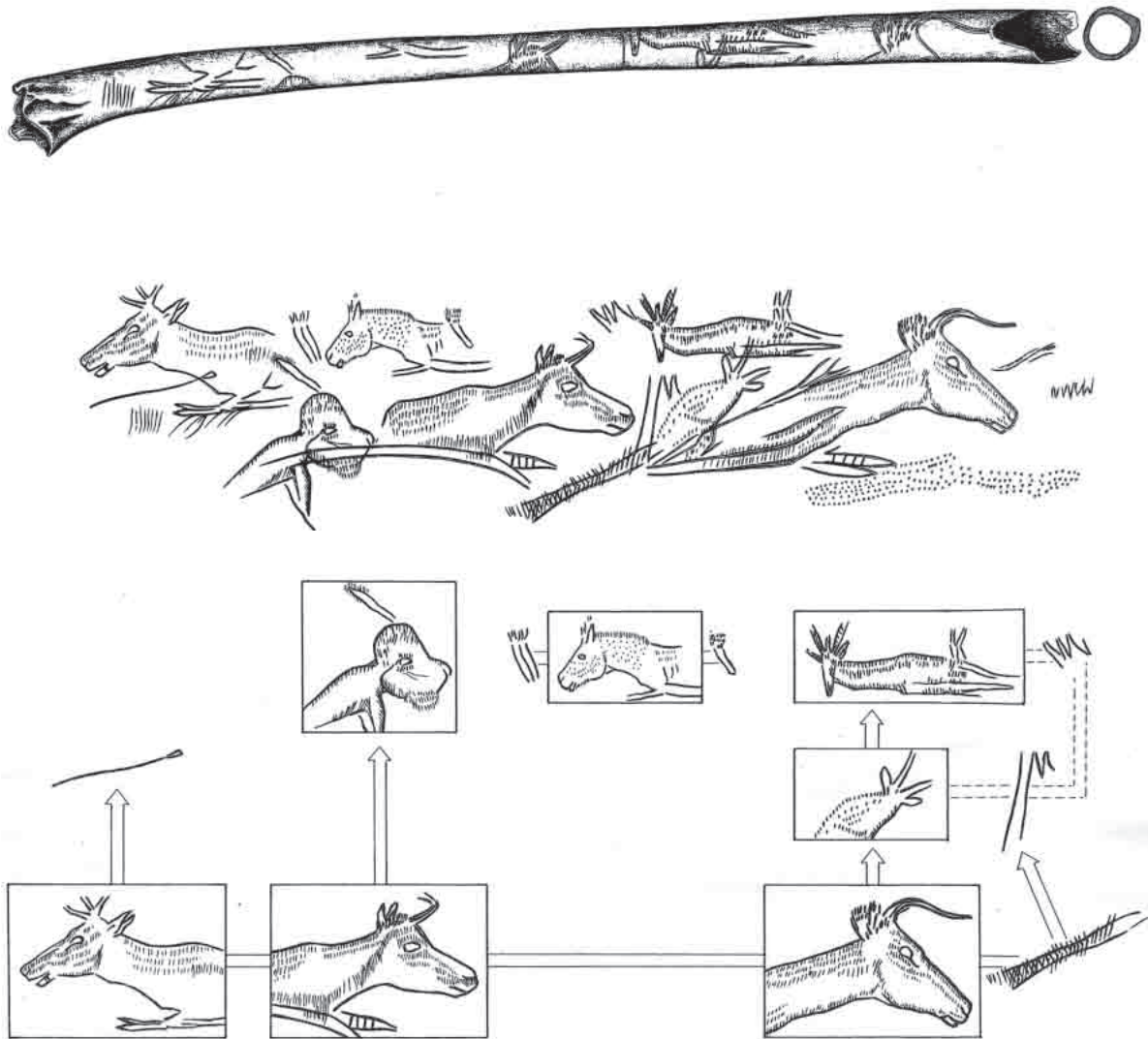


FIGURA 20. Tubo de hueso de Torre (Oyarzun). Arriba, dibujo directo y desarrollo de la decoración (Munibe 23, 1971). Abajo, proceso de integración de las figuras en el soporte (Scripta Praehistorica Francisco Jorda Oblata, 1984).

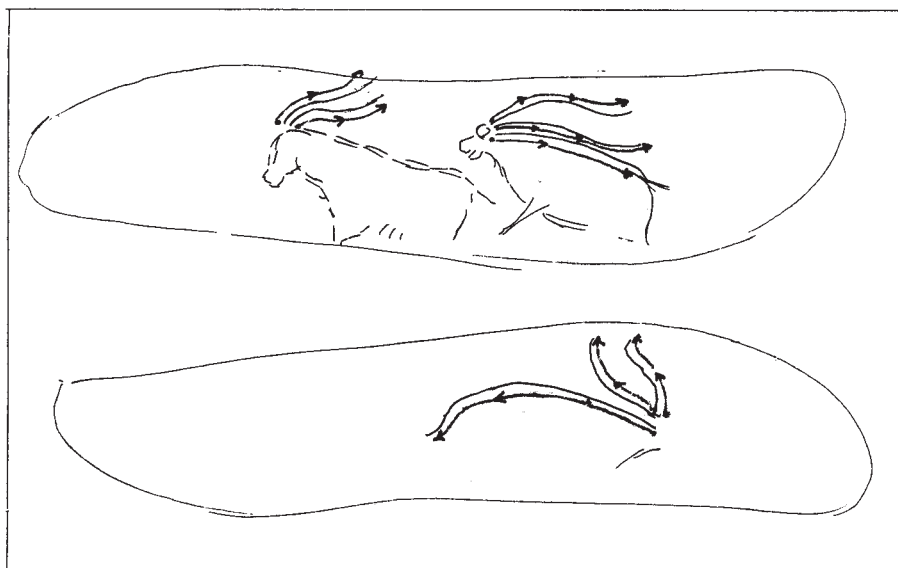
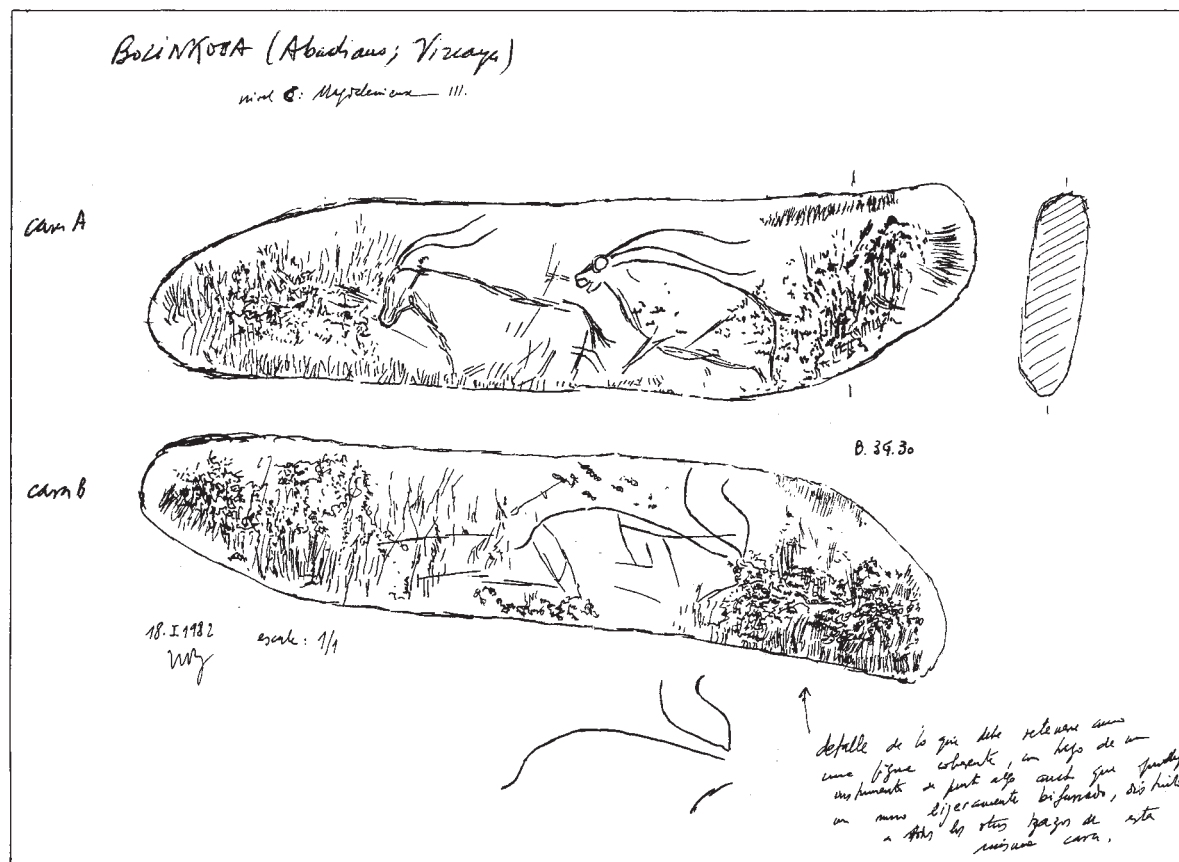


FIGURA 21. Reproducción del calco directo (arriba) y de la secuencia de los trazos (abajo) del compresor de Bolinkoba (*Symbolae Ludovico Mijtelenciae Septuagenario Oblatae*, 1985).

otros artículos entre los que destacamos, por su extensión, el ofrecido en el homenaje a Francisco Jordá, en 1984, la analítica particular de los compresores de Bolinkoba (figura 21) y Santimamiñe en el homenaje a Luis Michelena, en 1985, o el estudio —cofirmado en 2004 con G.Laplace— sobre los cantos decorados de Poeymaü (en *Salduie*).

Como hemos indicado, no resulta extraño que fuera receptivo, hace ya bastante, tiempo a la formalización de un proyecto de datación directa de obras mobiliarias en soportes orgánicos procedentes de excavaciones antiguas —y de objetos óseos descontextualizados— en colaboración con el Research Laboratory for Archaeology and the History of Art de la Universidad de Oxford (resultados publicados en 1988 en el *Bulletin de la Société Préhistorique Ariège*), metodología después aplicada de forma relativamente frecuente en piezas de este tipo o en muestras de arte parietal peninsular (figura 22).

En los últimos años —2003 y 2006— su maduración en la reflexión acerca de la fenomenología del arte mueble ha producido dos volúmenes de diferente temática y alcance: ambas obras se inscriben en la línea de tratamiento de temáticas concretas que son abordadas con rigor documental, analítico y de reflexión. El primero, publicado por la Universidad del País Vasco, acerca de la asociación grupal de los individuos en un mismo soporte artístico —*Grupos homoespecíficos en el imaginario mobiliario magdaleniense. Retratos de familia y cuadros de género*—; aunque según él se trata de «un pesado ejercicio de erudición a la vieja usanza» (pg.237), le ha servido para reivindicar el buen hacer de los autores clásicos —Mortillet, Piette, Breuil entre ellos— y ha puesto de manifiesto la problemática del relato escénico y del imaginario magdaleniense, su estilo y el dilema narración/simbolismo que esas representaciones plantean: una reflexión de un tema clásico y repetitivamente tratado, pero ahora abordado en profundidad.

El segundo, *Imágenes y adornos en el arte portátil paleolítico*, publicado por Editorial Ariel, es una sugestiva presentación —y una obra deliciosa— de la problemática global del arte mueble, como el anterior, a escala europea, aportando un personal enfoque de temas conceptuales, técnicos, iconográficos y explicativos... A buen seguro, no serán las últimas aportaciones con que nos deleitará, y hará pensar, en un futuro. Sabemos que se siente especialmente orgulloso de ambos, puesto que, sin pretenderlo, van cerrado un círculo intelectual propio en el que se integra la labor detallada de autores clásicos (tan respetados y admirados por él) que, lejos de haber sido arrastrados por las erudiciones y planteamientos modernos, deben ser reivindicados en la actualidad.

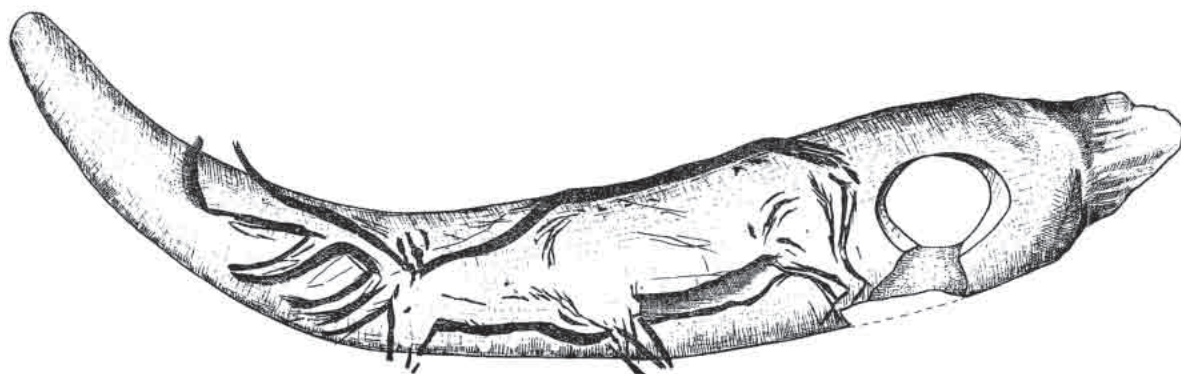


FIGURA 22. Bastón perforado de Castillo (Arte mueble del Paleolítico cantábrico, Universidad de Zaragoza, 1973), datado por C14/AMS en  $10310 \pm 120$  BP (OxA 970, ref, Lab. P. 1581A).

## c) El arte parietal paleolítico

Aunque su aportación escrita sobre este tema no es excesivamente abundante el interés que siente hacia el arte parietal paleolítico es patente en las horas que ha pasado en el interior de cuevas decoradas (figura 23) y, además, necesario en tanto en cuanto se imbrica con su trabajo en el arte mobiliario. Cabe destacar, en cualquier caso, el desarrollo de trabajo sobre temáticas muy concretas: los signos asociados a hocicos de animales, las convenciones de representación en distintas especies, el estudio de taxones concretos, abordadas de manera exhaustiva y resultado final meditado. En los últimos años, a raíz del reto que la cueva de Zubialde supuso para el equipo investigador integrado por él mismo, por J. Altuna y J.M. Apellániz, así como por los descubrimientos de notables santuarios en Francia (Cosquer y Chauvet) no exentos de polémica entre los científicos, ha reflexionado en profundidad sobre la cuestión de la autentificación/validación de esas grafías rupestres. «La datación de la gráfica rupestre de apariencia paleolítica: conjeturas y datos», artículo publicado en la revista *Veleia* en 1995, no deja de ser una visión crítica de una problemática que tiene bastantes dificultades en sus planteamientos y desenlaces y que las técnicas más modernas no acaban de solucionar satisfactoriamente: probablemente por ello, por su especial preocupación por la analítica material del arte y sus técnicas, haya apoyado con especial énfasis el devenir investigador de M.García Díez, con quien ha desarrollado un particular entendimiento.



FIGURA 23. *Delante de la entrada de la cueva des Trois Frères; de izquierda a derecha: I. Barandiarán, J. Clottes, S. Corchón, C. González Sáinz, J.M. Apellániz, J.A. Fernández Lombera, P. Utrilla, L. Montes, V. Villaverde, J. Fortea, J.M. Fullola, P. García Argüelles, R. Begouën.*



FIGURA 24. *En el Santander Symposium con J. González Echegaray y A. Leroi-Gourhan, en 1970.*

Aunque, ciertamente en estas circunstancias, el análisis del arte paleolítico haya quedado en entredicho y se halle sometida a severo juicio la sostenibilidad de esquemas, evoluciones, argumentaciones y saberes, en el conjunto de la obra de I. Barandiarán esta línea de investigación le ha aportado no pocos parabienes. Se percibe muy nítidamente su entusiasmo al escucharle, en el interior de uno de esos santuarios, la explicación de tal o cual panel y su significado. Las enseñanzas que el oyente retiene, por ejemplo, frente al «lienzo de las superposiciones» de El Castillo no pueden pagarse. Lo que para él debería ser mera rutina, por repetición de las visitas y las descripciones con y para alumnos, deja un innegable poso de sensibilidad entre los asistentes, y el respeto con el que habla de aquellos primeros maestros que se dedicaron al estudio del arte paleolítico, es una enseñanza que supera, de largo, la mecánica erudición. No es de extrañar así que él recuerde con especial afecto la felicitación —y hasta, ¿por qué no? la admiración— que recibió de A. Leroi-Gourhan, y de otros, tras su contribución en el *Santander Symposium* (figura 24). Se le reconoció su capacidad para observar y describir «algunas convenciones de representación en las figuras animales del arte paleolítico»: el uso habitual hoy en la lectura de figuras paleolíticas de «la línea de despiece en M» u otras, arrancan de este particular trabajo.

#### d) El Paleolítico superior cantábrico

La secuencia cultural del Magdaleniense cantábrico tiene un apoyo firme en la labor de I. Barandiarán por dos motivos básicos: 1) su intervención directa en ciertos yacimientos de enver-

gadura: ya citamos lo valioso de la estratigrafía de Rascaño en la identificación de ocupaciones del Magdaleniense arcaico e inferior, menos rico —pero también presente— medio y superior, o el interés de la de Berroberría desde el Magdaleniense medio, así como la de Zatoya para las fases superiores y finales; 2) su papel inductor entre varios investigadores que optaron por esos temas parcelados para la realización de sus Tesis Doctorales: especialmente se ha de mencionar a P. Utrilla para el Magdaleniense inferior y medio, a C. González Sáinz para el Magdaleniense superior y final de la globalidad de la Cornisa Cantábrica o a J. Fernández Eraso para las culturas del Tardiglaciario en Vizcaya.

Pero el Tardiglaciario no es su única etapa de actuación. Estados de la cuestión sobre el Auriñaciense y el Gravetiense en el País Vasco (1982), o el Auriñaciense tardío y los orígenes del Gravetiense (junto a M. Hoyos y J. Fortea) son referencias que abren un camino que se augura fructífero en resultados por la especialización en la trayectoria de otros investigadores de su equipo (A. Arrizabalaga) y por las próximas publicaciones de datos acerca de ocupaciones gravetienses de mayor o menor entidad de yacimientos por él excavados: Alkerdi, en la vertiente atlántica, o Zatoya y Mugarduia, al sur de la divisoria (figura 25).

#### e) El Paleolítico de interior

Como evidencian bastantes de sus proyectos de excavaciones arqueológicas, se puede atribuir a I. Barandiarán el mérito de haber alertado acerca del establecimiento de poblaciones paleolíticas en tierras interiores, alejadas de los focos clásicos de la Cornisa Cantábrica o del frente mediterráneo, en especial en la Cuenca del Ebro y en las estribaciones meseteñas. Comenzando en los años 60 e inicios de los 70 con el estudio de Los Casares o Eudoviges y sus industrias musterienses, continuó a partir de mediados de esa última década controlando ubicaciones ocupacionales de grupos del Paleolítico superior en varios puntos de Navarra (Zatoya, Portugain, Mugarduia, Alaiz...), iniciando así una línea de investigación que ha continuado desarrollándose con solvencia desde la Universidad de Zaragoza (P. Utrilla, L. Montes, C. Mazo, J.M. Rodanés) o del País Vasco (A. Alday, A. Cava, J.A. Sáenz de Buruaga). Los resultados actuales, producto de proyectos convergentes de ambas instituciones, son excelentes en el sentido de revalorizar un espacio, en teoría marginal, como territorio de ocupación relativamente denso en esas etapas paleolíticas.

#### f) Las primeras culturas del Holoceno

El Mesolítico y el Neolítico antiguo en la Cuenca del Ebro es, así mismo, una línea abierta por el propio Barandiarán a raíz de sus excavaciones en los abrigos bajoaragoneses de Botiquería dels Moros y de Costalena. Su estudio posterior y su contextualización le llevaron a comparar el proceso de ocupación de esos yacimientos con modelos recién establecidos por J. Fortea para los territorios del Mediterráneo español a partir, básicamente, de la estratigrafía de la cueva de La Cocina. Si Botiquería se asimilaba bastante concretamente con aquel modelo levantino, Costalena fue determinante para la identificación de una facies mesolítica anterior a la eclosión del geometrismo por un lado, y para la sugerencia de la continuidad ocupacional tardía de esos yacimientos —en el Calcolítico— una vez acabados los pasajes con geométricos. La investigación en el Mesolítico y en el Neolítico antiguo es, con bastante probabilidad, una de las temáticas que en esas comarcas más ha avanzado desde aquellas excavaciones iniciales. La Universidad de Zaragoza (de nuevo personalizada en P. Utrilla, L. Montes, C. Mazo y J.M. Rodanés), la del País Vasco (en A. Alday y A. Cava, J. Fernández Eraso y J.A. Mujika), y la de Navarra (en M.A. Beguiristain, J. García Gazolaz y





FIGURA 25. Arriba, vista general de Berroberría (Urdax) al final de la campaña de 1990. Abajo, vista general del yacimiento de Mugarduia Sur en 1987.

J. Sesma, J. Armendáriz), además del trabajo de A. Baldeón en Fuente Hoz y Socuevas, han hecho posible que la Cuenca del Ebro se haya convertido en referencia obligada para el estudio del Mesolítico y el Neolítico antiguo peninsular.

Más allá de lo directamente derivado de sus trabajos en los depósitos bajoaragoneses, su incidencia en la formulación de los modos de vida mesoneolíticos se completa con sus aportaciones en Kanpanoste (por el reconocimiento de particulares utensilios formalizados en cantos rodados y frecuentes en estos contextos como ya había hecho en Aizpea), Zatoya (en la evaluación de sus niveles superiores) y Aizpea (por su envergadura y por extender el punto de visión hacia el área pirenaica). La constancia de unas culturas bien asentadas en este cuadrante peninsular, además de su intrínseco valor, viene dando, sin duda, una nueva visión al fenómeno de la neolitización. En la historiografía sobre el Meso-Neolítico peninsular consta como un punto de inflexión su compartida ponencia con A. Cava, en 1992, al congreso *Aragón — Litoral mediterráneo*, por cuanto discute en profundidad los modelos explicativos establecidos llamando la atención sobre los puntos débiles de las argumentaciones de esas propuestas y ofreciendo, por lo mismo, otras salidas interpretativas. De hecho desde entonces, y aunque fue un acto involuntario de sus autores, y realmente no se sienten especialmente cómodos en esa posición, se les atribuye el planteamiento de un «modelo funcionalista» como explicación de las discrepancias observadas entre yacimientos contemporáneos con contenidos parcialmente análogos.

#### g) El final de la Prehistoria

Algo menos intensa, en tiempo y número, ha sido su dedicación a las etapas finales de la prehistoria, pero cuando se ha ocupado de esos tramos vuelve a demostrar su profundo conocimiento de los temas, su envidiable capacidad sintética y su destreza para distinguir entre lo accesorio y lo que realmente tiene calado. Así el campaniforme ha sido un asunto que ha tratado en pocas ocasiones pero siempre con gran profundidad —y de modo también pionero—, con referencia a datos de la Cuenca del Ebro, del País Vasco y de la Meseta norte. Polémicos fueron, como ya hemos apuntado, los resultados de su intervención en la Cueva de la Reina Mora de Somaén (Soria) por el contexto temporal que indicaban los referentes radiocarbónicos. No nos sustraemos aquí de recordar su propia valoración de aquellos resultados, por ser ejercicio de autocrítica y por lo juicioso de su posición, máxime cuando en la actualidad asistimos a tantos juegos malabares con los valores radiométricos para salvaguardar cronologías e hipótesis: recuerda «que sólo son tres» y dice que «soy consciente de las dificultades que pueden encontrar muchos en aceptar las tan altas fechas... y no estoy seguro de que las correcciones que hoy se están haciendo a las edades convencionales... deban de cambiar sustancialmente las fechas de Somaén».

En esta dinámica, más esclarecedoras fueron las dataciones obtenidas en la fosa de inhumación colectiva de la Atalayuela en Agoncillo (La Rioja), yacimiento que, acicateado por T. Andrés, se ha revisado hace muy poco: la homogeneidad de los resultados, y su encuadre en el último tercio de tercer milenio ofrecen una lectura muy ajustada en la encrucijada campaniforme y siguen siendo un referente sustancial (figura 26). Por otro lado, la síntesis de los yacimientos campaniformes en la Cuenca del Ebro presentada al congreso de Oberried en 1974, junto a G. Moreno, supuso un punto de partida para el trabajo, en la era moderna, de esta materia y en este territorio: hubo que esperar bastantes años, un cuarto de siglo, hasta encontrar nuevas síntesis sobre el asunto y quienes las encararon (J. Sesma o A. Alday), además de reunir la nueva información, no escondían sus deudas con aquellos precursores estudios.

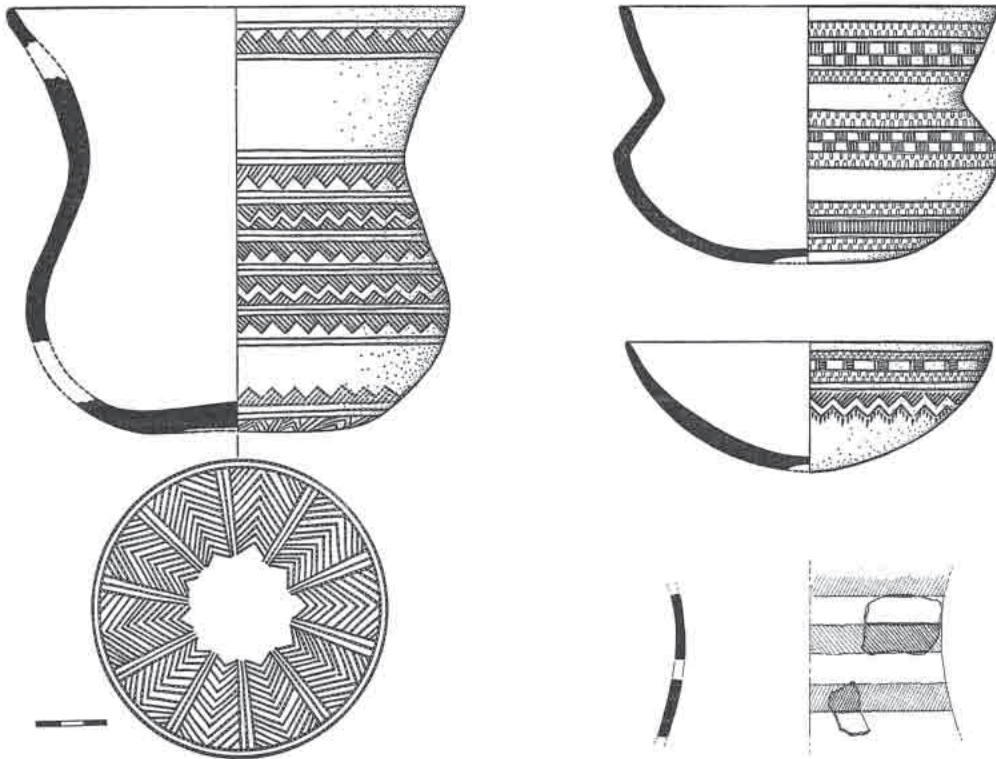


FIGURA 26. Arriba, un momento de la excavación de la fosa de inhumación colectiva de La Atalayuela (Agoncillo) en 1970. Abajo, modelos de decoración de los campaniformes recuperados.

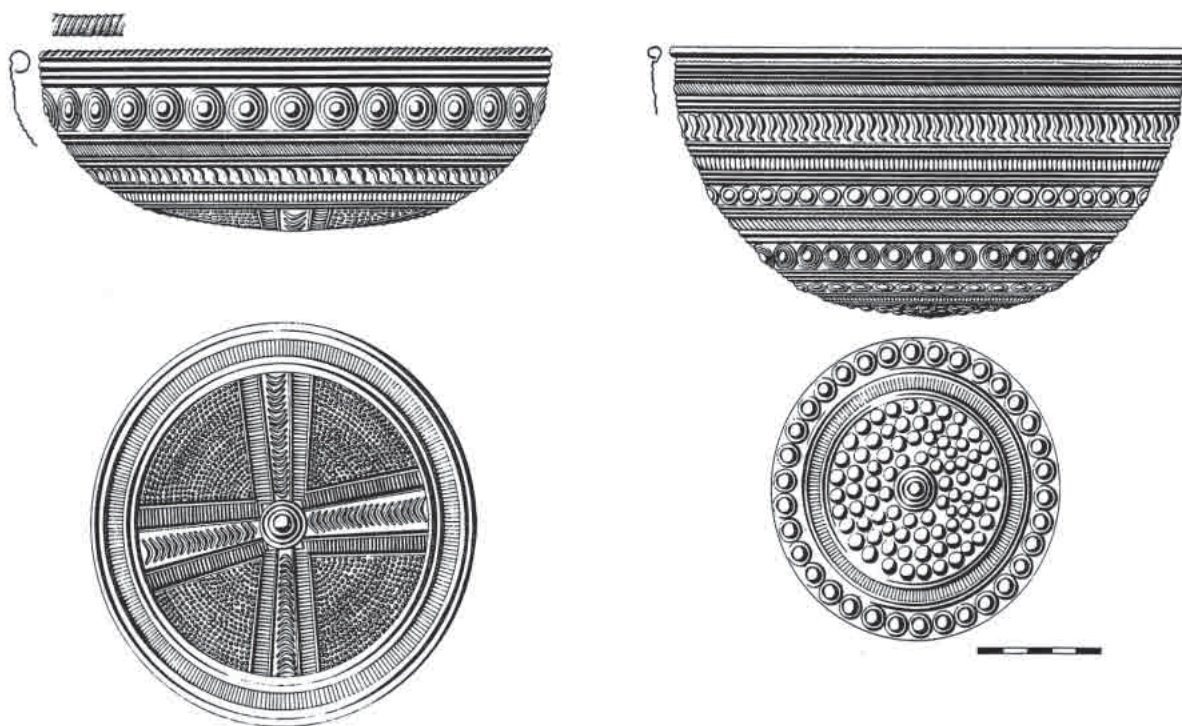


FIGURA 27. *Cuencos hallstáticos de Axtroki (Bolibar-Escoriaza) (Noticario Arqueológico Hispánico de 1973).*

De entre sus trabajos centrados en estos momentos terminales de la Prehistoria siente un grato recuerdo de los elaborados (en 1973 en *Madriider Mitteilungen* y en 1975 en *Kobie*) con ocasión del descubrimiento en Axtroki de una par de cuencos de oro hallstáticos (figura 27): sobre esas excepcionales piezas —en el sentido literal del término— son de innegable calidad sus dibujos, incorpora al estudio una analítica metalográfica —técnica que por aquí se estaba divulgando en esos momentos por parte de los investigadores del Instituto Arqueológico Alemán— y le supuso, sin duda, un importante reto su interpretación, si atendemos a la peculiaridad y rareza del hallazgo y a la escasez de datos que sobre el complejo cultural estaban —y están— disponibles en el área vasca.

### 3. LOS EQUIPOS Y SUS PROYECTOS

La formalización de proyectos de investigación y el sustento de equipos de trabajo es una labor en la que I. Barandiarán está inmerso desde la década de los 80, aunque con mayor intensidad desde mediada la de los 90: a ello no son ajenas las políticas que en materia de Investigación y Desarrollo vienen planteando los gobiernos centrales y autonómicos. Hasta un total de quince becarios han pasado por su equipo en ese tiempo, afianzándose algunos de ellos —no todos los que se desearía— como funcionarios docentes o como investigadores contratados. Estos investigadores tutelados vie-

nen ofreciendo regularmente unos más que interesantes resultados sobre muchas facetas del pasado prehistórico. Aparte de proyectos puntuales financiados por la UPV/EHU, el MEC o administraciones extranjeras, debe referirse, por su especial trascendencia —sobre todo por encontrarnos en una especialidad de «Humanidades»— la dirección de un «Equipo de Investigación Consolidado y de Alto Rendimiento» de la Universidad del País Vasco desde 2002, que ha merecido ese estatus gracias a los imprescindibles *referees* externos y que resulta ser un caso anómalo por el campo científico del que se ocupa. Entre las virtudes del equipo señalamos la integración de diversas disciplinas —reafirmando su interés por hacer de la Prehistoria una ciencia interdisciplinar—, la convergencia en los intereses de campo y de laboratorio de sus miembros, la coordinación de esfuerzos y recursos y, como hecho muy tangible, la dotación de la infraestructura necesaria para llevar a buen puerto los retos que sus integrantes se han impuesto.

Efectivamente, en el marco de ese Equipo se han puesto en marcha laboratorios —cuyos equipamientos y colecciones de referencia van, poco a poco, consolidándose y aumentando— de Arqueobotánica (Palinología, Antracología, Carpología) y Petrología, gestionados por personas de solvencia reconocida demandadas por equipos de otras universidades y centros de investigación (M.J. Iriarte, L. Zapata, A. Tarrío) y donde se están formando futuros especialistas en esas disciplinas (S. Pérez y M. Ruiz), y la iniciación de la línea de Microsedimentología (A. Polo). La colaboración del «equipo» con investigadores ajenos al Área de Prehistoria es sistemática y lo ha enriquecido sensiblemente: C. de la Rúa en Antropología, P. Castaños en Arqueozoología, M.J. González Amuchástegui y A. Aramburu en sedimentología, I. Yusta en química de suelos, L.A. Ortega en arqueometría cerámica... Hoy por hoy, en el ciclo vital en que se encuentra I. Barandiarán, los logros de dicho Grupo, la vinculación de becarios e investigadores, lo que de novedoso u original tienen bastante de los frentes abiertos... son los aspectos que más le interesan e ilusionan en su faceta de prehistoriador. Y que también le preocupan, especialmente en la difícil labor de crear oportunidades o apoyar iniciativas particulares que aporten una mayor estabilidad laboral a los jóvenes investigadores dentro de un sistema —el universitario o el de los organismos públicos de investigación— en el que esa cuestión no está, ni mucho menos, resuelta.

#### 4. ALGO MÁS QUE INVESTIGACIÓN

A caballo entre la difusión, la investigación, la síntesis y la generación de bases documentales, son muy notables sus esfuerzos de visualización del pasado prehistórico o histórico de territorios en los que ha trabajado con más inmediatez. La *Prehistoria en Navarra* (con la inestimable colaboración de E. Vallespí) como caso particular —publicada en *Trabajos de Arqueología Navarra*— y la de la totalidad del País Vasco con un carácter más amplio —*Historia General de Euzkalerria. Prehistoria. Paleolítico* de la Editorial Auñamendi...— (figura 28) son dos tomos que pueden ser calificados como enciclopédicos, tanto por la amplitud de los temas que se tratan, como por la profundidad con que se abordan, resultando básicos para la consulta de fuentes, hechos y referencias. A pesar de los años pasados, veintisiete desde la publicación del primero, casi veinte del segundo, ¿hay hoy por hoy alguna síntesis sobre esos particulares de tanto calado? En el mismo sentido, y aún quedando en un espacio marginal de su dedicación, se ha de destacar la sugestiva síntesis (en doble edición, de 1973 y 1976) de «*Guipúzcoa en la Edad Antigua*», tan utilizada por estudiantes y personas interesadas en la Historia Antigua del territorio vasco.

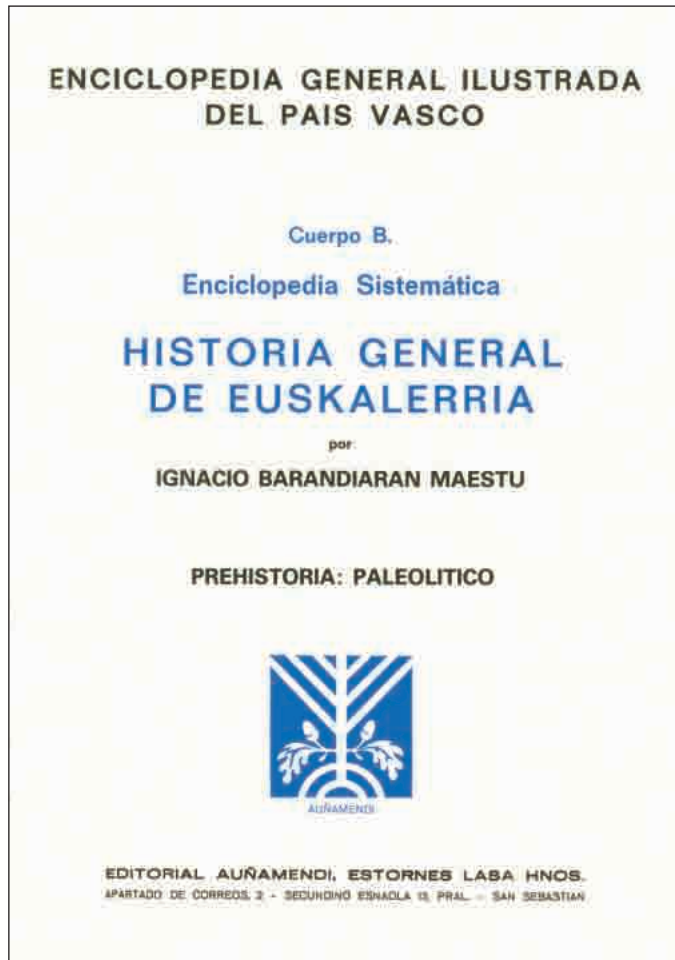


FIGURA 28. *Portada de la Prehistoria del País Vasco (Paleolítico) de Editorial Auñamendi (San Sebastián 1988).*

##### 5. DOS PUNTOS Y APARTE

Otro asunto que quisiéramos destacar del *currículum* de I. Barandiarán, y que refleja adecuadamente una parte de su personalidad, es su participación en comisiones institucionales de muy desigual rango e intenciones, como mérito objetivo de su prestigio, emitiendo en ellas, cuando era preciso, sus atinados juicios a pesar de lo incorrectos, incómodos o poco diplomáticos que pudieran parecer. De hecho puede recalcar como rasgo característico de su personalidad, entrañable en los círculos más próximos, su aparente faceta de hosquedad ante el «estatus» y la «Ciencia» establecida que, con frecuencia, ha venido exhibiendo como estrategia para reivindicar el papel que le correspondería a su disciplina en los ámbitos investigadores, institucionales o sociales y, a su vez, como medio para garantizarse su propia independencia. A pesar de las tentaciones que le han propuesto, siempre ha huido de cargos e influencias; de no ser así, hubiera podido disfrutar de diversas situaciones de

poder y autoridad, pero rechazó casi todas. Tampoco ha sido políticamente cómodo ni fácilmente domable, así que, cuando lo ha considerado necesario, no ha dudado en denunciar situaciones anómalas o dejaciones de las Administraciones Públicas en su apoyo a la investigación: era consciente de que tal actitud le suponía un relativo ninguneo en algunas instancias u ocasiones, pero ha intentado anteponer la ética al bien particular. Su obsesión, desde hace bastantes años ha sido la de crearse un reducto pacífico en el que poder desarrollar con tranquilidad su labor docente e investigadora, al margen de la vorágine de comisiones o asesorías, de guerras de influencias o control de competencias. Las metas que ha llegado a alcanzar, tras tantos años de dedicación profesional, ha sido gracias a su propio esfuerzo y al firme apoyo de unos méritos en sí mismos incontrovertibles.

¿Y ahora qué? ¿Deberíamos dar por terminada la labor de I. Barandiarán? Más bien no, pues despojado de su labor administrativa más rutinaria, podrá dedicarse con más ahínco si cabe a lo que ha sido una verdadera vocación. Los compromisos que sabe tiene contraídos (personales y de investigación) pero sobre todo la vitalidad de la que siempre ha hecho gala, con un ritmo de trabajo envidiable, mantienen muy viva su tarea introspectiva. En la consulta de su producción científica queda demostrado que la publicación de textos —libros y artículos— sigue siendo intensa, la gestión de programas y equipos de investigación está alcanzado su máximo en estos últimos años... por lo que sería deseable que el hecho de llegar a la edad reglamentaria para su jubilación laboral no debiera afectar en nada a su trabajo activo, no sólo particular —que con seguridad no lo hará— sino tampoco desde el punto de vista institucional en la Universidad. Este ha de ser un hito más en su carrera, nunca un punto final, que habrá de continuar durante bastantes años en un ambiente de armonía personal y profesional. Su equipo de investigación —su apuesta más fuerte de los últimos años— debe seguir cohesionado y activo —éste será, en verdad, el mejor homenaje que debemos hacerle—, y para ello invitamos a los responsables de Política Científica de los diversos estamentos —universitarios, autonómicos o estatales— a que apoyen las iniciativas necesarias para que su ilusión perdure en el tiempo, ya que su obra y buen hacer son —y serán— por sí mismos referentes de honestidad para los prehistoriadores de buena fe durante bastante tiempo.